



Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2025

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2025

Mar de voces. Antología literaria de docentes del SEMS 2025 / Coordinación Denisse Flores Somarriba, Efraín Amador Sánchez y Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez; autores Christian Alejandro Anguiano Molina... [et al.]; presentación Carmen Margarita Hernández Ortiz. -- 1a ed. -- Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara. Sistema de Educación Media Superior (SEMS) : Editorial Universidad de Guadalajara, 2025.

116 páginas: ilustraciones; 23 cm.
A la cabeza de la portada: Poesía. Cuento. Microrrelato
ISBN 978-607-581-676-0
DOI <https://doi.org/10.32870/9786075816760>

1. Antología literaria. 2. Cuentos mexicanos-Colecciones 3. Poesía mexicana-Colecciones. I. Flores Somarriba, Denisse, coordinadora II. Amador Sánchez, Efraín, coordinador III. Hidalgo Sánchez, Patricia Nazareth, coordinadora IV. Anguiano Molina, Christian Alejandro, autor V. Hernández Ortiz, Carmen Margarita, presentación VI. t. Antología literaria de docentes del SEMS 2025

868.5 .M29 2025 CDD23
PQ7235 .M29 2025 LC
DNT Thema



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consultese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Poesía • Cuento • Microrrelato

Mar de voces

Antología literaria de docentes del SEMS 2025



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA





Karla Alejandrina Planter Pérez
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

César Antonio Barba Delgadillo
Secretaría General

María Guadalupe Cid Escobedo
Vicerrectoría Adjunta Administrativa

Jaime Federico Andrade Villanueva
Vicerrectoría Adjunta Académica y de Investigación

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Dirección General del Sistema de Educación
Media Superior

Araceli Ambriz Ramos
Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior

Denisse Flores Somarriba
Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición electrónica, 2025

Coordinación

Denisse Flores Somarriba
Efraín Amador Sánchez
Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez

© Presentación

Carmen Margarita Hernández Ortiz

© Autores

Christian Alejandro Anguiano Molina, Imelda Lizette
Ledezma Carbajal, Miriam Chávez Martínez, Fidel
Kevin Flores Benítez, José Antonio Neri Tello, Atzimba
Mondragón Galindo, Carmen Cecilia Celis de la Rosa,
Carlos Alberto González Sevilla, Alma Yazmín López
Magaña, Victor Villarreal Velasco, Adán Meza Álvarez,
Isis Micaela Ramos Meza, Jairo Ochoa Galindo, Héctor
Nomar González Flores, Isabel Guadalupe Rosales
Ramírez, Ricardo Tonatiuh Figueroa López, Fernando
Ricardo Aguilar Ruvalcaba, Alma Karina Villa Alcaraz,
Jorge Alberto Muñoz Santana, Maricela Chávez
Mendoza, Margarita Luévano Ruiz.

D.R. © 2025, Universidad de Guadalajara



Sistema de Educación Media Superior

Liceo 496
Col. Centro
44100, Guadalajara, Jalisco



Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39
interior 32-33, Industrial Los Belenes
45150, Zapopan, Jalisco

editorial.udg.mx
publicaciones.udg.mx

ISBN 978-607-581-676-0
DOI <https://doi.org/10.32870/9786075816760>

Octubre de 2025

Hecho en México
Made in Mexico

© Ilustraciones

Carlos Alberto Gómez Godínez: "Mar de letras"
en portada.
Edna Aguirre Aviña: "El cuento del faro" p.7,
"Mensaje al amanecer" p.34, "Hacia la profundidad" p. 91

Comité editorial

Denisse Flores Somarriba, Efraín Amador Sánchez,
Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez, Andrea Monserrat
Torres Vaca, Luis Antonio Medina Gutiérrez, Reyna
Hernández Haro, María Luisa Gómez García, Gabriela
Camberos Luna, Mayra Margarita Gaspar.

Presentación

Una vez más, *Mar de voces* zarpa con una tripulación de historias, ideas, emociones e imágenes dispuestas a capturar a los lectores que deseen adentrarse en el color y las palabras que un grupo de docentes nos ofrecen en su obra de universos personales.

Con esta edición de *Mar de voces*, celebramos el talento y la creatividad de los maestros del SEMS que son también escritores o artistas plásticos. Ellos comparten su conocimiento y creatividad de manera cotidiana en su actividad como docentes, pero han reconocido que la labor artística es también una forma de habitar el mundo.

En sus páginas, las y los participantes que integran esta obra nos invitan a recorrer las rutas que han decidido trazarnos. Es entonces cuando nos convertimos en los caminantes que, al elegir estas páginas, podemos reconocer la realidad que a veces preferimos evadir o, por el contrario, apreciar los espacios luminosos que solo son posibles en el ámbito de las letras.

En esta obra se revela un proceso de creación conjunta, que nos aporta un fragmento de conocimiento y sensibilidad, para formar un mosaico de saberes compartidos, que resulta importante por partida doble, ya que en ella podemos reconocer una valía estética y, al mismo tiempo, un reflejo de una cosmovisión nueva, producto del diario vivir.

La antología *Mar de voces* es un espacio de reconocimiento para todas las profesoras y profesores que integran el SEMS, porque cualquier disciplina artística requiere un esfuerzo arduo y demandante. Nos alegramos de contar con compañeros que han asumido el reto de la creación y, a la vez, mantienen un compromiso responsable ante las exigencias que implica la docencia en el contexto actual.

Desde el SEMS seguiremos respaldando todas las expresiones artísticas cuya autoría esté en nuestra comunidad, porque estamos convencidos de que la literatura nos refleja, nos da alas, nos conforta y nos hace humanos.

Esta obra es un testimonio de cómo el saber no solo se transmite, sino que se construye de manera colectiva, nutriéndose de las diferentes voces y expresiones de cada miembro de la comunidad.

Carmen Margarita Hernández Ortiz
Directora General del Sistema de Educación Media Superior



Poesía

Christian Alejandro Anguiano Molina

Preparatoria 10

Desfase

La ropa ha dejado de quedarme.
Mi cuerpo ha traicionado las costuras.
Las camisas me desprecian,
los zapatos me presionan para que los deje libres.
Mi ropa se ha hartado de mí.

Apenas me contemplo en el espejo y sé que no soy yo.
Pero ahí estoy, me veo de reojo en el sofá,
poniéndome la ropa que me ha abandonado.
Ese hombre no soy yo,
pero se parece más a mí.

Tiene mi piel, los lunares en los puntos exactos,
la simetría de mis brazos,
la vieja chuecura de mis piernas.
Soy yo: el rostro que antes fui.
Un rostro mejor.

Oigo mi voz en su boca. Llama a mi esposa.
Ella me pasa de largo
como si fuera un hueco en la habitación.

La ropa ha dejado de quedarme, me ensancho,
y un hombre, tan mío como ajeno,
usurpa mi existencia.

Mi esposa lo besa, le acomoda mi corbata
y le sirve el café en mi taza.

Ese hombre que alguna vez fui
desayuna en mi mesa,
revuelve el cabello de mi hijo
y se va en mi coche hacia mi trabajo.

Yo ni siquiera habría enderezado el cuadro de la entrada
antes de salir,
y él lo ha hecho. Es mejor.
Mejor que yo.

Sube a mi auto, ocupa mis rincones,
se roba mi aire y silba mis canciones.
Conoce mejor a todas las personas de mi trabajo;
y a mí, ni siquiera me voltean a ver.
No soy parte,
porque he dejado de caber en mí.

Quisiera ser minúsculo, pero crezco,
y así, siguen sin notarme.
Ese hombre ocupa mis espacios,
pisa mis huellas,
respira el aire que yo debería respirar.

Mi cuerpo me asfixia, desnudo,
ahogado en mi carne,
y el otro —ese yo mejorado—
me arrebata todo,
mi suerte, mi vida.

Se apropia de todo
y lo hace mejor.
Sin titubear.

Disolución

Hace años que no existo,
que he sido devuelto al silencio
donde ya nadie me nombra.

Los cuadernos donde alguna vez escribí
fueron rasgados.

Las plantas que alguna vez sembré
fueron devoradas por las plagas.

Mis hijos han perdido mi rostro,
mi nombre se ha disuelto en su lengua.

No queda huella mía en este mundo,
ni rastros de piel muerta,
ni remanentes de las palabras que dije.

Soy esa fotografía recortada,
la carta sin firma,
el acta sin registro.

He sido borrado, diluido
en un mundo que no retiene
ni mi esencia enterrada en las habitaciones,
ni el perfume de mi carne,
ni la sombra de mis pasos.

Y es solo en la noche
en que la luna asistió a mi alumbramiento
cuando intento aparecer:
en las brasas de la fogata,

en los fogonazos durante el apagón,
en las estelas de luz que se pierden
entre las cortinas agitadas por el viento.

Ahí intento pronunciar mi nombre.
Pero nadie escucha.
Ni siquiera yo.



Sombra sobre el agua

Y comprendí, al fin,
que el mundo sigue su curso
sin mirar atrás.

El grano de arena que se acumula en el adorno de la sala,
la ceniza tras el incendio posada en las azoteas:
todo encuentra su sitio,
todo regresa a su polvo.

Los muertos retornan a la tierra,
la sangre se diluye en el zumbido
de mil mosquitos.

El mundo avanza.
Somos quienes apenas nos detenemos
y ni eso:
somos brizna al viento,
danza efímera entre ramas secas.

Despierto en la pesadilla
de saber que mis días
apenas fueron sombra sobre el agua.

El fin del mundo no es
una explosión ni un incendio:

es un susurro que me dice
que el fin me lleva consigo.



Vigilancia interior

Estoy a un pestaño de arrancarme los ojos.
Son los traidores que me condenan a ver
cómo mil ojos ajenos me atraviesan,
me respiran en la nuca con su juicio silente
y me acorralan en mí mismo.

Así, ciego, no vería las miradas
de mis vecinos que espían detrás de las cortinas,
de las personas que me vigilan de reojo,
esperando que me equivoque.

Mi moral siempre será menor
a la de los otros.
Por eso no quiero ojos,
para no ver los barrotes de esta cárcel,
para no saber qué tan lejos estoy de mí.

Todo son ojos que me supervisan:
ojos en los rostros, en los lentes de las cámaras,
en el reconocimiento facial de mi teléfono.

Hoy estoy por arrancarme los ojos,
me han delatado,
se han vuelto contra mí.
Me obligan a espiar mi sombra
y me dictan mi propia sentencia.

Estoy harto de mis ojos.
Me arranco uno. El otro aún me observa:
y en su reflejo aún estoy de pie,
culpable, abierto, expuesto.



Imelda Lizette Ledezma Carbajal

Preparatoria 8

Abstinencia lingüística

*Es simplemente diferencia, que no veo
por qué ha de ser antagónica.*

María Luisa Puga

A veces no basta abrirse el pecho
y entregar los órganos:
siempre quieren más.
Quieren la carroña,
el desperdicio que deja mi cuerpo,
pero sobre todo quieren
el núcleo que plaga mi existencia
de visiones.

No podrán obtenerlo
porque no es material.

Vi cómo hurgaban en mis entrañas,
dándole vueltas a mi intestino,
esperanzados en encontrar una caja,
una botella con mensajes encriptados
o un libro repleto de ideas.

Qué equivocados estaban.
La esencia trasciende el rastro físico,
nunca supieron interpretar la hermenéutica

de mis gestos tristes.
Nunca supieron entender la diferencia
enriquecedora del silencio.

Ahora los veo profanando lo que dejé en la tierra,
¿acaso no saben que la autenticidad se desprendió de mi cuerpo?

La flecha de la arquera fue capaz
de romper en pedazos bruscos
la cantera que Dios amoldó para depositarme.
Pero en cuanto ocurrió el quiebre
Él regresó a buscarme entre
la espesidad bermellón
que brotó de mi espalda.

Ignoré los rumores de otros,
pensando que eran villanos.
No hay arrepentimientos, probablemente decepciones.
Tuve que separarme de mi experiencia mundana
para descubrir que muy pocos
son los que entendieron la quietud de mi palabra.



Miriam Chávez Martínez

Preparatoria 5

Ciervo

Me observas, como ojo que levita celeste
como el cosmos en la dualidad desoída
la feminidad de tu silueta oculta
el masculino brote de mi cornisa

nueve los mundos chamánicos
del bosque apacible a tu melancolía
rotura de gracia insigne
fértil del espejo que nos invita
de mi espectro tu guarida
de la luz que sortea la vida

seré tu sendero envejecido
renovación de mi oreja furtiva
seremos docilidad enardeceda
en el verde clamor de los sentidos
seremos noche imbuida
en el colapso de la mañana tibia



Misil

Y
una
nube
unas horas
un ave sin alas
sin hojas el árbol
un mago sin fortuna
un vagón del silencio
sin lágrimas unos ojos
de tristeza rojizo cielo
diciembre que se ciñe
manzana de la discordia
muñeca de sonrisa rota
a destiempo los minutos
un soldado con guadaña

los	una calle	un perro
cerrojos	que no	que no
abiertos	alumbra	sabe
al olvido	de día	del mañana



Sácale cuervo, sus miedos al alba

Rueda que rueda reloj de arena
segundero sin memoria
casi mudo
casi colapsando
en el tintineo del abismo
antropomagia
infundio
fagolímpica carroña
trago de su propia sombra
¡glup! el tiempo se ahoga
Mira el ojo su garganta
y engulle humana sus horrores
el destierro de las hojas
canto feroz desoído
sácale cuervo, sus miedos al alba
y susúrrale sus gritos
no hay sitio sin horas
ni lluvia
ni olvido
se nos vierten el sol y la palabra
¡shhhh! que la bestia se ha dormido...



Fidel Kevin Flores Benítez

Preparatoria 21

Trayecto al alba

|

Caminemos por el borde del acantilado,
ya no miremos si los cerros siguen nuestras espaldas.
Solo camina,
persigue mi mano que apuñala al viento y las nubes que se vuelven
tormenta,
avanza por en medio de la lluvia
y crece como una flor sin bordes,
atraviesa mi cuerpo,
mi astillado fuego que se consume en la hoguera del tiempo.

Caminemos hasta sentir los brazos piedra,
la boca viento, los pechos islas,
islas que se disipan en la nebulosa canción de un crepúsculo.
Recorramos galerías, sueños, laberintos oscuros.

Anda, vamos,
sueña conmigo el relieve infinito de las tardes,
vamos,
caída abajo
hasta derramarnos en una laguna inmensa, hasta podrir nuestros
huesos en lodo.

||

Habitemos las cimas, las copas de los árboles.
Extendamos los brazos.
Anda.
Corramos
río abajo,
rompiéndonos en pedazos
lancemos nuestros vientres al agua
y a su desfile de peces.
Desbaratados tú y yo, en silencio.
Descansemos en paz, como una recién alba destruida.



José Antonio Neri Tello

Preparatoria 7

Mazo

barajea nuevamente tus posibilidades
¿estás seguro que la noche tiene su encanto
y que las brujas no vinieron a chupar la sangre
sino a comer, a beber de nosotros, a escuchar
cómo crujen nuestros cuerpos jadeantes y resucitados?
estudia bien tus posibilidades en el juego
ese mazo de cartas, bien trabajado, bien pensado
destrozaría las oportunidades de los otros
aquí no hay un voy contigo, ni estamos juntos
solo hay noche, la misma con la que se resucita o mata
la misma con todas las pistolas y oraciones
¿a quién le agradeces o le rezas para que la partida esté a tu favor?
¿sabes cómo se desecha el estiércol que resulta después
robarle los nutrientes?
sabemos lo sucio que es sentarte aquí para mirarnos a los ojos
mientras ocultamos la mirada con nuestras cartas
hay un acuerdo entre los que están a tu lado y al que miras de frente
quién entre los cuatro tirará la primera bala
quién entre los cuatro es el murciélagos que solo espera clavar los colmillos
quién de aquí es el hombre muerto que juega a los naipes
solo para encontrar lo que ya todos sabían
pero que era imposible aceptar cuando las cartas
abren sus puertas



Atzimba Mondragón Galindo

Preparatoria 12

Paz

Dios muere,
se abre la cicatriz de una palabra
vuelan cenizas detrás de lo quemado.
El duelo viene con él, abrasado,
porque es poco el negro para cubrirlo todo.
Caen las gotas y las hojas.
Ayer noche murió y hoy resucita
para maldecir la suerte de que pasa el tiempo.
Ha arrastrado su infierno a la superficie.
Y vuelve a morir.



Supernova

No hubo más,
se movió el universo
no halló un soporte donde echar raíces
no fue ni una calle, ni un rostro
no encontró la senda para ocultarse.
Se miró gris, hundido en la distancia
nadie tocó el polvo de su frente.
Fueron borradas sus sentencias
liberaron límites los frutos contenidos

rotaron en sentido opuesto
a pesar de las miradas.
Se liberó el silencio,
el guijarro pasajero
y no hizo llaga.
Cuando recorro el largo pasillo que es tu nombre
no extraño su cauda.



Carmen Cecilia Celis de la Rosa

Preparatoria Regional de Santa Anita

A Palestina

Si vis pacem, para bellum.

La paz, sueño, quimera, mesa de sacrificios.
templo, altar, pretexto, justificación,
anhelo, deseo quebrado.

Los muertos, los huesos de niños,
las gotas, los hilos, los torrentes de sangre,
los hijos ofrendados a un dios cruento
ávido de dolor humano.

Los búhos miran, abren sus ojos con estupor,
los arcángeles ajenos al tiempo,
desconocen el alma,
arden, golpean, glorifican a su creador,
ignoran, olvidan.

Pergaminos con forma humana secándose al sol,
malditas las promesas de tierras de leche y miel,
la furia aprieta tumefacta, el llanto se agota,

El maná, un cepo envenenado,
el agua una artimaña de la muerte,
labios partidos, corazones resquebrajados,
rostros igualados por el horror.

Cinco libros no bastan al describir la furia
del génesis de la masacre,
el éxodo hacia la nada
de instrucciones para sacrificios vanos
de arcas aliadas para la muerte.

La miseria de fuegos diversos
miramos, azorados, como soles.
Hemos perdido la cordura.



Carlos Alberto Gonzalez Sevilla

Preparatoria 9

Quiero desaparecer

*Morir de noche, dormir la noche, la noche
dentro, la noche en mí.*

Alejandra Pizarnik

Quiero desaparecer detrás de los rayos
del sol nocturno,
donde la soledad no penetre
los tejidos de mi cráneo,
cráneo hecho miedo en la garganta
garganta de murciélago atascada en mis muñecas,
muñecas que arden en un incendio de flores,
flores marchitas que se pudren en mis ojos.
Ojos que se disuelven en un sitio oscuro,
oscuro hasta escribir mi muerte en sangre,
sangre en polvo, polvo y lenguas secas.
Quiero desaparecer bajo las rocas
en el pecho abierto de un artista
bebiendo astros, idiomas de espíritus lejanos.
Quiero desaparecer en un relámpago,
en un atardecer que se desvanece.



Alma Yazmín López Magaña

Preparatoria de Tonalá Norte

Embate funesto

Una tristeza opresora inunda la mente.
Baña las ideas como los brazos de un río
al recorrer las montañas.
Se adentra en cada uno de mis actos
buscando arder la carne y oprimirla,
torturándola, remarcando tu ausencia
que regurgita cascadas de suplicio
y una condena lacerante que me ata.
No encuentra cómo irse, se instaló envilecida.
Clavó las pronunciadas uñas
de sus dedos repletos de amargura,
aferrándose inclemente, feroz y perniciosa
a este cuerpo inanimado que la alberga.
Sin intentar huir, ni evaporarse,
¡no se va! permanece ufana en mi conciencia.
No aminora, se extiende en la piel
cual melanoma letal que avanza licencioso,
desalmado, cubriendome la dermis.
Quebranto que opaca toda luz por donde pasa,
sin dejar áreas de tregua en dónde resguardarse.
Melancólica pena que observa,
grita, impreca, se eleva desafiante y amenaza,
soltando zarpazos repentinos
que dejan mutilado el pensamiento
agravando el punzante dolor
que se anega triunfal en mis adentros.

Victor Villarreal Velasco

Preparatoria 11

Naturaleza

Al mirar el firmamento,
al igual que se ve la estructura de un átomo,
tormentean ideas sin sentido, que a su vez,
son tan lógicas como los campos oníricos.

Pienso en el universo como en un enorme ente de conciencia infinita,
bicéfala,
con dos bocas.

Una habla el lenguaje matemático y la otra expresa poesía.
Y sus ojos solo ven en una cuarta dimensión.

Sus dedos son teseractos,
sus manos desafían la física,
inhala protones en colisión.

Su obra está inconclusa, porque fue diseñada para no terminar nunca.
Nada tiene sentido, ni las distancias, ni las medidas.

Todo es tan astronómico, tan relativo, que solo ella, la arquitecta, puede
comprender.

Ella misma está hecha de esa sustancia de sueños que conforman la
realidad.

En su cabeza persiste la materia y la antimateria,
que lo conforman todo,
perfecto,
compuesto de todo y existente en su totalidad,
su proporción áurea,
su construcción cósmica y cuántica,
que son la antítesis de su atemporalidad.

Cuento

Adán Meza Álvarez

Preparatoria 15

La mancha

Mis uñas necesitaban atención, el espejo del baño lo reveló cuando vi a través de él mi dedo anular con una mancha azul. Lavé mi cara. Giré la mano doblando los dedos para observar con atención: era mate de un tono intenso, se fundía con mi piel atravesando la cutícula. Será el desgaste del esmalte, pensé. Aplicué jabón, tallé, no desapareció, no perdió intensidad. Usé la esponja facial para tallar con más fuerza. Fui por la acetona, la apliqué abundante. Nada. Observé de nuevo, no era esmalte. La presioné buscando el dolor propio de un moretón, no hubo respuesta.

Estuve allí un rato hasta que la alarma en mi teléfono timbró; ya era tarde para ir a trabajar. Eché en el bolso el primer tinte de uñas que encontré, la cubriría más tarde, pensé. Me vestí a prisa con la ropa que tenía preparada, me calcé unos tacones a juego y salí corriendo bolso en mano, arreglándome el cabello. El teléfono sonó, colgué y lo puse en vibrador. En mi escritorio, tecleando sobre la computadora, volví a notar la mancha. La tallé suavemente con la mano derecha. Me tomé un momento, hice una retrospectiva, buscando una razón, pues las demás uñas estaban limpias. Brotaba del interior, parecía encarnada. Durante la mañana creció, avanzando por mi dedo. Me la llevé a la boca para morderla, la sensación parecía como una uña postiza. Absorta la seguí contemplando. Respiré profundo. Saqué el esmalte cubriéndola con él, manché una parte de la cutícula para borrarla por completo, haciéndolo parecer un descuido. Hice lo mismo con las demás, que quedaron en un tono beige nacarado, no verla me hizo sentir alivio.

El teléfono vibró. Otra vez mi amiga, no quise hablar con ella, era agotador escuchar sus problemas.

De regreso en casa, cansada tiré el bolso en el primer sillón de la sala, me quité los tacones, caminé a la cocina, preparé algo ligero para cenar, lo acompañé con un poco de tequila. Me hizo sentir relajada. Organicé en mi cabeza las actividades del día siguiente: pendientes de oficina sin sentido. El sonido del plato al caer en el fregadero hizo eco en la casa, recordando su vacío. Quise agarrar el estropajo para lavarlo, pero vi la mancha cubriendo la falange media. Presioné, la sensibilidad era menor. Ver *eso* en mi dedo hizo mi rato incómodo. El cansancio me llevó a la cama, esperaba que con la noche se fuera también la mancha.

Me levanté tarde. El roce del edredón con la sábana fue el único ruido que interrumpió mi silenciosa mañana. Las froté a propósito, para ver si así el eco de la soledad dolía menos en una cama habitada solo a medias. Desde que me ascendieron en el trabajo, no me daba tiempo para los encuentros casuales.

Maquillándome vi a través del espejo el fuerte contraste de la mancha; todo el dedo estaba cubierto. Llamé a mi jefe para avisar que no iría y agendé una cita con el médico.

En la sala de espera, saqué el teléfono de mi bolso, no quise ver las notificaciones de mis redes sociales, era un agobio enterarme de la vida perfecta de los demás. Busqué en internet las posibles causas de mi padecimiento, las respuestas solo me angustiaron más, iban del cáncer, problemas en la sangre, moretones extraños, hasta mitos en los blogs, que no eran concluyentes. Ninguna imagen era siquiera parecida a la mía. Una lluvia de ideas y dudas cayó en mi cabeza, ¿y si era de esas enfermedades raras?, ¿por qué esas personas que decían padecer algo similar en los blogs dejaban de escribir?, ¿y si me tuvieran que amputar el dedo? No seguí leyendo, eso no me ayudó. El hábito de morder mis uñas regresó en esa sala de espera.

Entrecrucé los dedos, la sensibilidad en la zona *dañada* era cada vez menor. Me costó aceptar que mi problema crecía y muy rápido, ahora la mitad de mi mano era azul. Saberme cerca del médico me consolaba un poco. Con esperanza y fe, creí que con una crema me curaría.

Me rasqué la mano, inicié suavemente, subiendo poco a poco la intensidad, buscando recobrar mi sensación. Luego, la azoté discretamente contra la silla, nada, se sentía cada vez más ajena. Golpeé más

fuerte, hasta que llamé la atención de otra paciente, su mirada me hizo sentir muy incómoda. Avergonzada paré.

Soy la siguiente en entrar con el médico, me repetí en la mente, buscando sosegar mi ansiedad. Solo quería que me diera medicamento para regresar al trabajo y continuar con mi vida.

La expresión del médico al tocar mi mano no me gustó. Su preocupación por mi salud me hacía recordar una extraña calidez, pero no conseguí atinar qué era. Sugirió que debía ir con un especialista, era una enfermedad que él no podía tratar. Me recomendó un colega que me recibiría al día siguiente. Salí temblando del consultorio. Un día más sin ir al trabajo. A mi jefe no le gustaría. Le marqué para avisarle, con tono seco me dijo que no había problema, pues nunca faltaba a la oficina.

El día fue largo, comí un pedazo de pan integral antes de ingerir una pastilla para la ansiedad, me tiré en la cama, traté de distraerme con alguna serie; no lo logré, dejé que el sueño me venciera. Desperté temprano, la mancha llegaba hasta mi codo. Supuse que así se sentiría una prótesis, ajena al cuerpo, sin poder moverla a voluntad, casi colgaba de la articulación. Por primera vez sentí miedo. Algo crecía en mi mano, ajeno a mí.

El especialista en la nueva consulta solo dijo que era una enfermedad extraña. Hizo lo que llamó *pruebas rutinarias*, algunas de tacto, en la que me pinchó con un alfiler; no me dolió. Tampoco sentí nada con las pruebas de sensación térmica, menos con la de tacto fino; era muy extraño estar viendo esa bolita de algodón pasar por mi piel, sin que lograra sentirla. Mi sensibilidad iniciaba en el hombro.

Me preguntó por mi trabajo, por mi vida, mientras tomó la biopsia. No supe qué contestar. Sería necesario hacer estudios diversos, además de determinar las causas de la pigmentación. No pude decir nada, mi garganta se cerró.

Anotó los datos de una clínica al reverso de la receta. Salí de su consultorio solo con el nombre de una crema y más pastillas para la ansiedad.

Hice la cita en mis primeros pasos por la banqueta. Experimenté sensaciones desconocidas, quise gritar, correr; destapar mi pecho y

dejar salir toda la opresión. No encontré nombre ni adjetivo para describirlo. Todo se volvía gris. En ratos el ruido del ambiente era amenazador o cambiaba a un silencio hueco, atravesado por un zumbido que taladraba la sien.

Un niño se alejó al ver mi brazo; avergonzada, lo cubrí con mi bolso, las lágrimas se acumularon en mis ojos; me esforcé por no dejarlas escurrir.

En casa vi la caja de pastillas para la ansiedad, en un impulso las tiré, viendo cómo rodaban por el piso. Saqué la crema de mi bolso, la apliqué abundante en el brazo hasta quedar blanco. Golpee la mano contra la pared, al confirmar la insensibilidad, la azoté una y otra vez. A pesar de los golpes cada vez más fuertes, no hubo ninguna sensación. Me sentí vulnerable, desamparada, sin nadie a quien recurrir; de esa soledad que nace del alma y no hay nadie que la acompañe. Mi respiración se aceleró. El recuerdo del médico pinchando con alfileres me dio una idea. Fui a la cocina, tomé un cuchillo con punta afilada, hice una pequeña incisión en la palma, brotó la sangre, no era completamente roja, tenía pigmentos azules; me detuve. Quería seguir cortando, pero el asco hizo que parara. Coloqué un vendaje. Caminé al clóset, saqué un par de blusas con manga larga, las dejé sobre la cama, como hacía mi madre.

En el espejo del baño vi que la mancha ya cubría parte de mi seno derecho, la expresión de mi rostro me resultó ajena, casi desfigurado, como si alguien más me observara a través de él. Cerré el puño, quebré el cristal de un golpe, los trozos cayeron al suelo, descalza, pisé algunos dejando marcas de sangre en las losas.

En la clínica, el médico me observó con detenimiento. Extendió la mano para mostrarme los resultados de la biopsia. Los tomé, pero al tratar de leerlos, las letras estaban borrosas, agucé la mirada sin lograr ver bien.

Sugirió que mi padecimiento podía no ser físico. No le comenté nada de mi reciente ceguera parcial. No perdía detalle de mis reacciones. Será necesario internarla, dijo en tono muy calmado. Me incliné sobre el escritorio, la opresión en el pecho se hizo más fuerte, mi gar-

ganta se estrechó impidiendo el flujo de aire. Un sollozo quiso escapar, lo reprimí. Bajé la manga de la blusa para ocultar mi mano.

Me incorporé con esfuerzo, no soporté ser el objeto de lástima. Cruzamos miradas, noté una compasión hipócrita. “Puede llamar a alguien que la acompañe”, insistió, “ha dejado que esto crezca demasiado”. “No puedo y no quiero que me internen, además no quiero la compañía de nadie”, dije con un hilo de voz.

Con mi mano azul, colgando del hombro, me puse en pie. “Necesito ir al baño, ¿me puede indicar dónde queda?”, dije casi en un resoplido. Señaló la dirección sin perder la tranquilidad. Salí del consultorio aferrando el bolso contra mi pecho. El teléfono vibró, lo saqué para apagarlo, no quise ver, pero intuí que era mi amiga.

Fingiendo firmeza en mis pasos, me dirigí a la salida. Deambulé durante un rato por las calles, hasta que vi una cafetería con mesas en la terraza. Entré, pedí un té de manzanilla, ese me lo preparaba mi madre cuando tenía cólicos. Tallando mi mano insensible, vi la pequeña herida. De mi bolso saqué unas tijeras pequeñas, las enterré en la incisión. En lo profundo sentí el hueso, logré percibir algo que no llegaba a ser dolor, sino una pequeña sensación, apenas un hormigueo. Mi té llegó. “¿Se siente bien?”, preguntó la mesera, dejándolo sobre la mesa. “Sí”, contesté y escondí la mano. Regresé las tijeras al bolso. “Bonito tono de piel”, repuso la mesera, “nos pasa a muchas”. “Gracias”, contesté tímidamente sin entenderla. Con una sonrisa cortés se retiró. Quería contarle lo que me pasaba, pero era solo una mesera, ¿qué le importarían mis problemas? Al igual que no les importan a los demás, por cercanos que sean, solo se burlarían de mí. En medio de los demás comensales, me sentí fuera de lugar. Las risas y el bullicio resultaban incómodos. Los ruidos de los coches y las personas caminando de prisa por la calle me parecieron una burla. Después de un par de sorbos al té, volví la atención a mi mano. La puse sobre la mesa, contemplando la herida. Me levanté discretamente la blusa, vi mi abdomen, también estaba invadido de azul. Suspiré profundamente, saqué el espejito de mi bolso, a través de él, vi que la mancha sobresalía del cuello, reacomodé mi pelo para cubrirla. Me incliné sobre la mesa sin poder contener el llanto.

La mesera se acercó de nuevo. “¿Necesita algo?”, preguntó en tono angustiado. Quise decirle que no me sentía bien, que no entendía lo que me estaba pasando, que todo me daba vueltas, que sentía que perdería la razón. Necesitaba compartir un poco de lo que estaba viviendo. Temí perder más la compostura y ser juzgada. “La cuenta, por favor”, respondí aclarando mi garganta.

“No te preocupes, mija, todo va a estar bien”, dijo. Negué con la cabeza. No permití ser humillada por una desconocida.

Mija, esa palabra detonó malos recuerdos de mi infancia, cuando era una niña vulnerable. Se retiró y volvió rápidamente con la cuenta. Al dejarla sobre la mesa, vi su mano, estaba muy irritada, pero nada parecido a lo mío. A ella no parecía importarle.

Temblorosa, me apoyé sobre la mesa para levantarme. Puse el bolso en mi hombro, salí del lugar. Finalmente, me dijo: “Si necesitas ayuda, puedo llamar a alguien”. Entendí que necesitaba algo más que ayuda. El dolor en mi mano se intensificó un poco.

Vagué sin rumbo hasta tarde. Nubes amenazantes me hicieron regresar a casa. Una migraña eléctrica soltaba sus rayos y relámpagos de dolor. Me encerré con llave, algunos trozos del espejo quebrado crujieron bajo mis zapatos, otros comenzaron a flotar afilados. Me quité la ropa. Vi en el comedor el cuchillo puntiagudo. Muchas voces inundaron mi cabeza de ruido, las luces que entraban por la ventana se volvieron manchas, los restos del espejo las atravesaban.

La tinta escurrió bordeando los trozos de vidrio.



Isis Micaela Ramos Meza

Preparatoria Regional De Colotlán

Fantasma

Desearía que me escucharas...

Pero no puedes, aparentemente no hay nadie cerca que pueda hacerlo. He hecho lo imposible para intentar comunicarme con quien sea; sin embargo, intento tras intento, he fracasado sin notar siquiera un ápice de avance. Honestamente, no sé decir con precisión por cuánto tiempo he existido de esta manera. No puedo recordar hace cuánto comencé a ser invisible y tampoco hace cuánto me di cuenta de ello. De la nada, así de pronto, el tiempo se detuvo y ya no tenía conciencia de absolutamente nada. Los primeros recuerdos después de la absoluta nada eran que caminaba por pasillos con luz del sol atravesando las ventanas y llegaba al final de los mismos al anochecer. Todo era silencio. Por momentos el lugar donde me encontraba era tan pequeño como un departamento, para luego convertirse en un lugar tan inmenso en el que me daba miedo avanzar... Aunque, por tonto que parezca, me daba cierto alivio aún poder sentir algo. Como se podrá sobreentender, no tenía noción del día, de la fecha. Era como tener amnesia, estar en el exacto mismo lugar en el que te habías detenido, parpadear y aparecer en uno completamente distinto. No estaba seguro de si era prisionero del lugar, si realmente nunca estaba en el mismo sitio o si prefería quedarme ahí porque era lo único medianamente conocido. Y entonces... tu voz.

Comenzó como suaves murmullos, como esos que se esconden en el viento en otoño. Quién sabe cuánto tiempo tuvo que pasar para que por fin los notara. Eran apenas arrullos, pero entre más me esforzaba por escuchar, más nítidos se volvían. Quiero decir, podía distinguir que eran murmullos y no cualquier otro sonido, pero ahora que me

detengo a pensarlo, tampoco recuerdo haber sido capaz de escuchar nada antes de ello. Fue por esa razón que centré todas mis energías en intentar escuchar de qué se trataba. Al principio perdía el hilo del ritmo. Poco a poco me fui dando cuenta de que ese ritmo concordaba con el de alguien hablando, murmullos y pausas que llevaban cierto ritmo y entonación, pero aún me era imposible entender palabras. Por ratos, o lo que yo interpretaba como tales, podía oír ese leve pero grato sonido por otros. Fue como estar semiconsciente, similar al estado de reinicio, al momento de despertar, cuando escuchas el ambiente de la cotidianidad y parece muy lejano, hasta que te enganchas y te arrastran de vuelta a la realidad. Se sentía como despertar y, aun así, continuaba dentro de este sueño, o pesadilla, en la que estaba atrapado. Tampoco soy capaz de decir cuánto tiempo continué viviendo así, simplemente un día noté a una mujer. Pude oír su tono de voz. Ahí estaba, por momentos sí, por momentos no. Eras tú, la persona de quien venían esos murmullos y estos ya no eran eso, ahora eran palabras. Lo admito, aún perdía la oración, pero podía identificar palabras y eso significó un consuelo gigante. Tampoco mentiré diciendo que no intenté, como poseso, tratar de hacer que me escucharas. Muy dentro de mí creía que, si yo podía oírte, funcionaría igual en sentido contrario. Sin embargo, no lo logré. No sabía cómo encontrarte, pues era tu voz quien me encontraba a mí y así me dediqué únicamente a escucharte, a intentar entender. De pronto era capaz de comprender palabras claves, te expresabas con molestia sobre lo que te faltaba desempacar. ¿Te mudarías? ¿O ya lo habías hecho?

Y así fue como me di cuenta. Luego de lo que me parecieron eones y un esfuerzo sobrehumano, fui capaz de interpretar tus oraciones. Pasabas largos ratos, vocalizando todo lo que te habías guardado durante el día, las cosas que te habría gustado decir en determinada conversación o exponiendo tus sentimientos abiertamente, lo que habitaba tu mente. Y de una u otra forma eso me hacía vivir, eso me hacía consciente y me daba sentidos. Cuando te oía, era capaz de racionalizar el paso del tiempo. Lo que más disfruté es que me ayudaste a dimensionar el espacio en el que me encontraba. El escucharte moviéndote por tu entorno, el cómo organizabas las cosas que te rodeaban, de pronto

me hizo percibir ese espacio también, al principio como contornos borrosos que creía que imaginaba, aunque no era de eso de lo que se trataba. Los recordaba. Yo había vivido ahí también.

Progresivamente, me convertí en una entidad pensante nuevamente o, mejor dicho, *racional*. Te habías convertido en una especie de ancla que me mantenía sujeto a ese lugar, mi viejo hogar, y donde tú habitabas sin darte cuenta de que yo seguía ahí. No puedo describir cómo es que eso era posible o cómo funcionaba, lo único de lo que estoy seguro es que era así, que yo podía mantenerme consciente e independiente solo a través de la energía que tú me dabas. Yo sabía que en realidad jamás te dirigiste a mí, que todo ese tiempo creíste que estabas en la intimidad de tu casa hablándole a la nada y curiosamente lo encontraba encantador, aunque una parte de mí no te quería ahí. Por otro lado, la parte que había resentido toda esa angustia y desesperación del confinamiento dentro de la absoluta nada, del vacío, encontraba tu presencia reconfortante. Creo que soy un fantasma... No recuerdo haber muerto. No sé si pueda recordarse o no. Creo que, si me hubiera dado cuenta, lo recordaría. Quizás estaba dormido o inconsciente y tal vez por esa razón no lo recuerdo. ¿O es que acaso nunca existí? Podría ser una tulpa a la cual creaste sin querer. Aunque eso implicaría que supieses con quién estabas hablando. Lo cierto era que ni yo recordaba mi nombre. Había muchas preguntas que este accesorio, al que llamamos conciencia, me hacía formularme: ¿en dónde estaba?, ¿qué me hacía invisible?, ¿por qué no podía ir a ningún otro lado?, ¿por qué todo, fuera de mi viejo hogar, me era inaccesible?, ¿por qué no recordaba nada más allá de este lugar? Y bueno, un billón de cosas más. En algún punto, tantos cuestionamientos me hicieron llegar a la conclusión de que, en efecto, solía ser humano. ¿Por qué, si no, intentaría recordar cómo era la vida si jamás viví una? Y, aun así, cuando tuve la capacidad de ser consciente de mí mismo, sin perderme en lapsos de tiempo muerto, más pronto que tarde tuve que ceder ante la resignación. No sabía cómo salir de aquella situación y, por lo tanto, debía permanecer de tal manera.

El tiempo pasó y jamás perdiste la costumbre de recitar tus acostumbrados monólogos a todas horas. Yo me dedicaba a oírte y a hacer lo que al principio creía que era imaginar tus acciones. De pronto el

entorno que te rodeaba, la orientación respecto al espacio y el tiempo, los sonidos, el ambiente, eran demasiado nítidos. Como si los estuviera viviendo, con la clara barrera de la inexistencia, contigo en el preciso instante en el que ocurría. Evidentemente, dudaba de sobremanera de poseer una imaginación tan rica y, con mi intangibilidad, tampoco era que la hubiese desarrollado. De esa manera es que, meditando el asunto y haciendo un par de pruebas, entré en razón de que de verdad me encontraba ahí. Tanto como me era posible. Por el mismo motivo por el que existía de esa forma, uno desconocido e inexplicable, era capaz de rebobinar fragmentos de tiempo. De rebobinar tus acciones y situarme justo en el punto en que estas habían ocurrido. Era simplemente maravilloso. Pero no te confundas, mi situación no es, ni era, tan interesante como puede que lo haga parecer. Todo este proceso, el de darme cuenta de que existía, el de ganar conciencia para luchar contra lo que me separaba de una vida humana normal, suplicar por ayuda, rendirme ante el vacío, encontrarte, ser consciente una vez más y aprender a vivir nuevamente de una forma distinta, me tomó siglos.

Decidí autoproclamarme el fantasma de tu casa, porque esta ya no me pertenecía, y en algunos periodos te observaba ir y venir haciendo tus cosas. Y sí, también aprendí a interactuar con los objetos del mundo físico, pero requerían de un excesivo esfuerzo y una concentración titánica en el punto al que llamamos tiempo para lograr la más básica de las interacciones. Fue así como, divertido por tu torpeza, te facilitaba las cosas o jugaba con tu mente, haciendo lo que cualquier buen fantasma haría.

Así has vivido por un par de años, o lo que creo que han sido años, has comenzado a dudar de tu cordura, incluso ya hasta te diriges a mí de vez en cuando para regañarme por alguna travesura. Irónico, pues realmente no sabes que estoy aquí y discúlpame, pero no pretendo parar. He pasado más de una vida de esta forma y ver que puedo lograr algo en tu plano me está levantando mucho los ánimos.

He deseado que pudieras escucharme todo este tiempo y lo de hoy ha sido el más monumental de mis avances. Es más, siento la necesidad de vivirlo nuevamente. Déjame narrarlo para ti esta vez. Acabas de llegar del trabajo, has tirado tu abrigo en el sillón individual a tu

derecha, que está de espaldas a ti haciendo conjunto con tu salita y has colgado las llaves en el lugar usual, un pequeño perchero clavado a la pared común entre la sala y la cocina. Mientras caminas hacia el refrigerador para tomar una bebida, te sueltas y alborotas el cabello. “Ya no soporto esto”, dices en un gruñido y tomas una lata de refresco, te sientas a la mesa. Yo estoy frente a ti, viendo cómo contemplas la silla por un segundo, antes de patearla para disponerla como si se la ofrecieses a alguien. “¿Estás aquí?, siéntate”, una pequeña broma, pues, desde que te molesto, ya te diriges de forma directa al *fantasma o duende de la casa*, como me llamas, así lo hago. Me siento frente a ti y te sigo observando en silencio. El sonido del gas saliendo de la lata se hace presente por un segundo y me mantengo esperando a que me digas qué hizo pesado tu día. “Siento que me ahogo”. Das un sorbo, observas perdida la pared detrás de mí, con ojos vidriosos y una clara frustración, pero no dices nada. Aún no sé si alguna vez seré capaz de leer tu mente. Te quedas seria y sonríes tristemente. “Desearía poder hablar contigo”, dices de pronto y no puedo evitar reírme y decir que te escucho. Entonces tu rostro cambia. Miras en mi dirección, no me estás viendo realmente, pero sabes dónde estoy, tu rostro dejó de reflejar cansancio, frustración y melancolía. Ahora no sé si te debates entre el miedo y la sorpresa, tu quijada se ha caído, extiendes la mano sobre la mesa, dudado. Yo mismo me sorprendo. ¿Me has oído?

“¿Hay alguien aquí?”, dices inclinándote hacia delante.

“Sí”, digo estupefacto, pero con emoción, posando el concepto de mi mano sobre la tuya. Y entonces la retiras al tiempo que sueltas una exclamación.

“No puedo creerlo. Ahora tú me escuchas...”



Jairo Ochoa Galindo

Preparatoria Regional de El Salto

El desorden de tu nombre

*El nombre propio es el principio de la máscara.
El sonido de una palabra extranjera para el cuerpo,
salido de otras bocas, recorre los canales auditivos,
se aloja hasta volverse íntimo.*

Julieta Gamboa

Marcelo Parra se había casado con Marena en 1939, pero no empezó a detestarla con constancia y ahínco hasta el otoño de 1945, cuando se percató de la inconsistencia de su nombre. Su relación era fidedigna. Sin discusión aparente.

Como la de cualquier pareja. No existieron más de seis rencillas en tres años de noviazgo y seis de matrimonio: nueve años de envidiable paz. Marena amaba a Marcelo como se ama a cualquier pareja normal. Marcelo, en cambio, no podía dejar de pensar que gran parte de su vida había estado con una extranjera.

Marena era amable, amorosa, alegre, atenta, atractiva, cariñosa, complaciente, deleitable, espontánea, inteligente y voluptuosa. Pero tenía un peculiar defecto: las letras de su nombre no satisfacían a Marcelo. Marena no debía llamarse Marena, sino Marcela. Así, Marcelo podría considerarlos la pareja perfecta y no esta sarta de mentiras. Marcelo sabía, o creía entender, que los padres de Marena le ocultaron a su hija la verdad; pues el nombre que tenían planeado para ella era Marcela. Existió un error en la toma del registro, anotándola como Marena.

Marena, con seis letras. Marcelo da seis más. Tres sílabas con tres años de noviazgo. Seis riñas en su historia. Seis años de matrimonio

perfecto. Eso no podía seguir así. No debía seguir así. Tal vez el hombre pensaba demasiado en la actitud de su esposa, concluyendo lo obvio. Esa mujer llena de cualidades, su mujer, no existe. Lo más probable sería que Marena lo hubiese estado engañando. El hombre supuso que el comportamiento antinatural de su mujer se debía a su trastorno. A su desequilibrio por no llamarse Marcela. Marena era entonces algo mal formado. Mal logrado. Algo mal nombrado. Marcela era, al parecer, el nombre adecuado, su nombre adecuado. Una mujer que carece del nombre que sus padres hubiesen querido ponerle no merecía tener tal simetría con el apelativo de su amado, al tiempo de concordancia con sus seis años de matrimonio. Seis letras para Marcelo. Seis letras para Marena. Seis de matrimonio: 666. Entonces Marcelo tendría que volver a sacar la cuenta y recomenzar el proceso. Pero no era así. Él estaba convencido de que su mujer tenía un nombre equívoco y que justificaba la actitud tan (im)perfecta de Marcela.

Había dos opciones: separarse de ella o, sencillamente, desaparecerla. Si el divorcio fuese una opción viable, tendría que asumir que alejarse de ella no solucionaría nada. Dejaría a la pobre fémina con su dilema por el mundo sin saber que tenía un conflicto sin posible solución. Marcelo no podría separarse de Marena. No tenía motivos suficientes para convencerla de terminar con nueve años de unión. Marena tenía que desaparecer. Marena debía desaparecer para solucionar la turbia mental de su marido. Entonces comenzó a planearlo. Anotaba sus horarios de entrada y salida. Había calculado sus movimientos durante un mes. Salía, entraba, lo acariciaba, lo veía, lo besaba, le daba dos pastillas y él, con normal parsimonia.

El acto estaba a punto de acontecer. Marcelo apretó con ambas manos las ruedas de su silla y se dirigió hasta el sillón donde su mujer tomaba la siesta.

Rodó despacio, y una vez ahí, intentó ponerse de pie para perpetuar. A punto de apretar el cuello, Marena abrió los ojos. Marcelo cayó al piso. La hora: seis de la tarde. El médico salió de la oficina y vio a un hombre desvanecido a media estancia.

Se dirigió a la enfermera.

—¿Qué pasó?

—Otra crisis, doctor —contestó Marena.

—¿Quién es?

—Marcelo, el matemático. Casi nunca se toma las pastillas. Hace alusión frente a mí y las esconde bajo la lengua. Cada seis o nueve días tiene una irrupción que termina a las seis en punto. Aún no sabemos por qué. Solamente lo escuchamos repetir tres y seis, nueve, tres y seis, nueve, tres y seis, nueve. Hace unos días los enfermeros y yo encontramos en la bolsa de su chaleco una nota que decía: “el desorden, el desorden asimétrico de tu hexasilábico nombre”.



Christian Alejandro Anguiano Molina

Preparatoria 10

Aquí en la superficie, es más fácil ahogarse

Martirio

El lago es un espejo. Lo supe al verte ahí, debajo del agua. “¿Soy yo?”, me dije y sentí la necesidad de salvarme de aquel ahogamiento al que tú misma te sometiste. “Soy yo”, me repetí y mi primer impulso fue tomarte de los cabellos y jalarte hacia mí, hasta que pude alcanzar tus hombros y sacarte del lago. No entendí cómo una niña podía ahogarse sin aparente motivo. Luego vi el vidrio incrustado en tu pie. El rojo intenso entre el verde del lago y el morado de los lirios. Ni siquiera tuviste oportunidad de reaccionar. No sacaste aquel cristal que te entró por la planta del pie y te atravesó de lado a lado. Estabas aturdida cuando te encontré, con la mirada perdida. Te levanté sobre mí, apenas si pesabas. Eras tan delgada, tan frágil. De haber sabido lo que pasaría, te hubiera dejado ahí, desangrada, anclada a tu suerte.

Yo ni siquiera pensé que tuvieras familia. Te veías tan sola y vulnerable. Te sentí tan mía de pronto, porque me vi en ti. El lago es un espejo.

Lo primero que dijiste fue “gracias”. Logré sacarte sin problemas. Eras tan ligera que pareciera que en cualquier momento te disolverías entre las aguas. Pronto entendí que tu mirada era así: cansada de la realidad que vivías. Eras yo. Recosté tu cuerpo sobre la orilla del lago.

Cuando reaccionaste, antes del dolor, me preguntaste quién era. Evadí tu pregunta, porque me preocupaba más el cristal que te atravesaba de lado a lado el pie.

Te dije que teníamos que sacarte ese vidrio y curarte. Al parecer, aún no caías en cuenta de lo que te estaba pasando. Estabas aturdida y apenas lograste entender.

“¿Ya encontraron a mi hermano?”, preguntaste. Te dije que no lo sabía. “Es un tonto, cómo se le ocurre perderse, siempre arruina todo”, dijiste molesta. “Y lo peor de todo es qu... ahhh”, entonces caíste en cuenta del dolor que te atravesaba. “Tenemos que irnos de aquí”, te dije. “Quizá tus papás ya lo están buscando, pero tenemos que hacer algo antes de que...”.

Vi tu mano acercarse a la planta de tu pie. Eras muy hábil, tanto que ni siquiera pude detenerte. Sentada ahí, a la orilla del lago, jalaste la base del vidrio hasta extraerlo completo. Gritaste aún más. Debíamos hacer algo rápido antes de que la sangre comenzara a abandonar tu cuerpo de a poco. Me quité mi chal y rodeé como pude tu pie con él. “Tienes que presionarlo fuertemente con tus manos, si lo sueltas un poco, se te va a salir el hígado”, te dije. No me dijiste nada; solo apaciguaste tu grito y me miraste con dolor y burla.

Cuando te levanté y te sostuve entre mis brazos, me pareciste aún más pesada.

Cuestiones del agua. En la superficie hasta la existencia pesa más. El chal en tu pie nos hizo ganar tiempo. No tuve que correr hasta mi casa. Recorrimos ese trayecto de tierra, hierbajos y lirio seco. En esa temporada el lago se encontraba más árido que de costumbre, por eso tu familia pudo bajar hasta ahí, por eso tu hermano pudo perderse con facilidad, por eso tan fácil pudiste hacerte daño. Tu mirada siempre estuvo dirigida hacia los muelles, sabías que hacia allá íbamos. “¿Y cómo te llamas?”, quise saber para ponerle un nombre a tu rostro tan familiar en mi memoria. Me lo dijiste. Era el nombre de mi madre y sentí escalofríos al escucharlo. Llegamos a las escaleras y subimos hacia la calle. De ese lado siempre el olor a podrido se difumina, pero te encuentras con el otro aroma, el de la suciedad. “¿Y usted?”, escuché tu tenue voz.

“¿Yo qué?”, te respondí. “¿Tiene un nombre?”, y de inmediato mi cabeza tuvo que pensar mi verdadero nombre que hacía tiempo nadie pronunciaba.

“¡Lupis!”, escuché a mi costado. “¡Lupis, a dónde llevas a esa chamaca!“.

Ambas volteamos a ver a aquella mujer. “¡No te la lleves, Lupis, déjala en paz!”, y no tuve más remedio que gritarle. “Ay, mi niña, quizá

eso te llenó de pánico en su momento”. “¿Qué no ves que se está desanmando?, ¡vieja bruja!”. “¡Más bruja serás tú!”. Entonces tuve que correr antes de que se armara un alboroto mayor. Algunas cabezas salieron de las ventanas de las casas. El naranja violento del cielo dio paso a ese morado que se dibuja antes de la noche, un morado similar al centro de las flores de los lirios. El chal comenzó a empaparse de sangre y tu cara cada vez más pálida.

“¿A dónde me lleva?”, me dijiste con voz débil. No quise gastar energías respondiéndote. Un camino de puntos rojos fueron la estela de nuestro recorrido.

Te pedí que abrieras la puerta. El metal oxidado crujío y eso te erizó la piel.

Pronto te recosté sobre el colchón. Al bajarte, sentí entumecidos y llenos de dolor mis brazos. Me dirigí al buró y saqué una botella vieja de alcohol. Sabía que gritarías y eso llamaría la atención de los vecinos. “Esto te va a arder, así que intenta no gritar tan fuerte”, te quité el chal ensangrentado. La tela se había adherido a la herida. “Por favor, no vayas a gritar”, te repetí y dejé caer un poco de alcohol. Gritaste, gritaste muy fuerte y tuve que bañarte el pie en alcohol cuanto antes. Sabía que en tu mente pensabas que te torturaba. Te apreté contra mi cuerpo y lavé la herida. Pedirte que dejaras de gritar sería inútil. Tomé un pañuelo y lo apreté sobre tu pie. Era tan suave.

Eso te haría sentir un poco mejor. “No te lo vayas a quitar, ni siquiera lo toques. Acabo de ver claramente cómo se asomó el hígado por tu pie”. En ese momento tus alaridos pasaron a un sollozo. En tus ojos vidriosos me reconocí a mí misma.

Serví un vaso con agua, le puse una pizca de sal y le exprimí un limón entero.

Te pedí que te lo tomaras. “Esto te hará bien”. Lo sostuviste con desconfianza y le diste el primer trago. Hiciste cara de asco. “Si te lo tomas, te doy un dulce”. “¿Por qué me trata como a una niñita? No lo soy”. “¿Entonces no quieres el dulce?”. “Si lo quiero, pero no porque sea una niñita”. Yo ni siquiera tenía dulces.

“Ahora sí, ¿qué pasó con tus padres?”. Me dijiste que no lo sabías, que habían ido a buscar a tu hermano. “Mi papá creyó que era buena

idea venir aquí por mi cumpleaños. A mí no me gusta venir hasta acá, porque siempre se pelean papá y mamá, todo el camino es lo mismo; aparte, mi hermano es muy insopportable, lo detesto”. Me dijiste que era más grande que tú, que tus papás ya ni se molestaban en reprenderlo. “Me regañan a mí por decirles que me pelea y no le hacen nada. Luego ellos terminan gritándose uno al otro”. “¿Quiénes? ¿Tus papás?”. “Sí, siempre se están peleando. Cuando mi hermano se fue hoy, lo primero que mi papá le dijo a mi mamá fue que era su culpa por no cuidarnos como debía. Mamá se enojó mucho.

Entonces se fueron a buscarlo y me dejaron ahí, con la camioneta y todas las cosas”.

“¿Y tú qué hiciste? ¿Cómo llegaste al lago?”. “Pues... me quedé esperando, pero pasó mucho tiempo, no sé cuánto, y pensé que sería bueno que yo también buscara. No quería que papá y mamá se siguieran gritando si volvían sin él, porque sé que después me iban a gritar a mí y yo no tengo la culpa de lo que hace mi hermano”.

Me dijiste que caminaste en dirección al lago. “Pero ¿no les avisaron que no se pueden meter?”, te pregunté. “Yo no me acuerdo, solo quería meterme al agua. Era mejor estar abajo, más que arriba”. “En la superficie”, te dije. “Sí, en la superficie... Me acuerdo de que me metí hasta que pisé algo, como una piedra, pero me empezó a doler mucho el pie y vi que había como algo rojo debajo de mí. Me toqué con la mano y sentí el vidrio. Ya después no recuerdo qué pasó”. Ahí fue cuando yo te vi, te vi sumergida, tan clara entre el verde del lago. Sentí que debía salvarte. Quién diría que aquí en la superficie es más fácil ahogarse.

“Tiene muchos libros, ¿es maestra?”, me preguntaste al ver tu alrededor, casi en penumbras. “No, no soy maestra. Aquí me acusan de loca, de bruja, de todo lo feo que te puedas imaginar”. “¿Tiene hijos?”. “No, no tengo, ni siquiera hermanos o padres”. “Eso debe ser muy bueno. A veces creo que yo no existo para mis papás, por algo me dejaron ahí sola”. “Seguramente deben de estar buscándote, ¿quieres ir con ellos? Puedo cargarte”, te ofrecí. “No, no quiero irme. Aquí estoy bien”. “Tienes que acabarte el agua”. “Pero sabe rara, como salada”. “Así es mejor. Te hará bien”. Tus ojos no dejaban de examinar todo a

su alrededor. Observabas todo con tu mirada cansada. “¿Quién es la de la foto? ¿Puedo verla?”. Apuntaste con tu mano y me acerqué a aquel retrato. Te lo enseñé entre las sombras. “¿Quién es?”. “Soy yo”. “¿Y por qué se ve así la foto?”. “No es una foto, es una hoja impresa”. “¿No tiene la foto original?”. “Es la foto que pegaban en las calles cuando mis padres me estaban buscando”. No dijiste nada.

Yo había huido de mi familia, de mi padre principalmente. Él era uno de tantos infiernos. “Yo me fui de mi casa porque pasaron cosas con mi padre, cosas que yo no entendí en un inicio, pero que sabía que no eran correctas. Así que escapé. No me fui muy lejos esa vez. Por eso pude encontrar ese anuncio con mi foto. Cuando lo vi, lo arranqué del poste donde estaba y me lo llevé conmigo. Sabía que tenía que irme lejos para que nadie me encontrara”. “¿Cuántos años tenía?”. “No muchos, quizás los mismos que tú”.

Una pausa nos consumió y sentí que la noche cayó de golpe frente a nuestros ojos, fundiéndonos en una misma sombra. “Mamá es la que siempre es mala conmigo.

A veces papá me grita, pero luego se acerca a mí y me dice que no me preocupe, que todo estará bien. Dice que me va a llevar con él. Yo solo quiero que dejen de gritarse y que mi hermano me deje en paz”. Un escalofrío me punzó el alma. “¿Tu papá es bueno contigo?”. “Supongo que sí, es muy cariñoso a veces”. “También el mío lo fue...”, dije con una voz muy apagada.

“¿Quieres que vayamos a buscar a tus padres?”. “No, me quiero quedar aquí”.

Y esas fueron las últimas palabras que pude escucharte.

En otro escenario, incluso debajo del agua, hubieras estado mucho mejor. La superficie es más terrible porque aquí afuera hay más monstruos que abajo. De haber sabido lo que tu padre fue capaz de hacerte, te hubiera tomado la palabra de que te quedaras conmigo. O quizás nos hubiéramos ido en ese momento. Pero soy demasiado vieja para huir y la gente me suele reconocer fácilmente. Por eso fueron a buscarme a mi casa. Alguien irrumpió en el umbral. Todo estaba oscuro. El aroma agrio de la ciudad entró junto a los dos policías y la presencia de tus padres detrás de ellos. “¿Ella es su hija?”. Y cuando tu madre pudo verte

entre las sombras, gritó tu nombre. Tu padre se acercó abruptamente hacia mí para quitarte de mis brazos, te puso de pie y sentiste el dolor de la herida. Gritaste. “¿Qué le hizo a mi pequeña, vieja asquerosa?”.

Tu madre te apartó y al fondo vi a tu hermano, con una cara de burla enorme.

Ahora estoy aquí, encerrada. Nadie me creyó. Quizá ni siquiera te dejaron hablar, siempre silenciada, disminuida. Hace una semana vinieron a preguntarme de lo sucedido aquella vez. Me comunicaron lo que te pasó y me sentí sumamente culpable de eso. Me pidieron que escribiera de nuevo mi declaración y aquí estoy, contándote a ti, la única persona que quizá puede creerme, cómo fue todo, porque tú lo sabes; tú, tú y yo y nadie más. Desde aquel día, en las noches dibujo en mi mente tu cara, tu rostro debajo del agua, entre los lirios con flores moradas con los últimos minutos del atardecer. Te recuerdo y me veo a mí misma. Te pienso y repito tu nombre, el mismo nombre de mi madre, para sentir que no estás muerta y que pude salvarte una vez más del destino que un dios cruel te tenía escrito. Porque sabía que eras yo, yo misma, y si no te salvaba, ambas estaríamos muertas de nuevo, ahogadas en la superficie como tantas veces ha pasado.



Héctor Nomar González Flores

Preparatoria de Tlaquepaque

Peluso

Hola, ¿qué tal? Sean bienvenidos una vez más a "El saber del sabor", yo soy el chef Ezequiel Romo, y hoy les voy a enseñar a preparar un sabroso T-bone para sorprender a la familia. Esta pieza es espectacular, ya que combina dos de los cortes más deliciosos: el solomillo y el rib-eye... Primero lo vamos a sazonar con abundante sal gruesa. Si lo prefiere, puede utilizar sal molida. Es importante sazonarlo bien por ambos lados... Calentamos un sartén utilizando aceite, puede usar vegetal o de oliva, el que usted prefiera. Con el fuego bajo colocamos nuestro T-bone y lo vamos a dejar cocer durante 4 minutos sin tocarlo... Han pasado 4 minutos, volvemos a nuestro T-bone y vemos cómo se generó una hermosa costra, eso es lo que estamos buscando... Agregamos 3 dientes de ajo, un poco de mantequilla, sazonamos con un poco de pimienta y una vez más nos vamos a olvidar de él durante 4 minutos... Transcurrido el tiempo, vemos cómo la parte inferior de nuestro T-bone también se carameliza. Utilizando una cuchara, pondremos el jugo de la mantequilla donde se está cociendo nuestro T-bone, para terminar de darle un dorado, lo hacemos también por el otro lado. Este es el color que estamos buscando... Ahora viene una parte crítica: dejar reposar la carne, esto es importantísimo y los jugos no hay que tirarlos, ya verá por qué... Vamos a utilizar estos jugos para hacer una mantequilla especial... Cuando dejamos reposar nuestra carne, va a escurrir un líquido que la gente piensa que es sangre, no lo es, en realidad es hemoglobina, una proteína que, al mezclarse con el agua que suelta el músculo, da una coloración roja similar a la de la sangre... A los jugos que soltó la carne les vamos a agregar un poco de mantequilla y mezclamos bien... Ahora bañamos nuestro filete con la mezcla que acabamos de hacer y está listo para comer. Lo podemos

acompañar con un puré de papa o unos portobello a la mantequilla, y ahora sí, a disfrutar...

A doña Mary le encantaba ver todos los viernes *El saber del sabor* En su juventud fue una excelente secretaria y su habilidad para la taquigrafía le permitía, aun con su casi nula visión, anotar al pie de la letra todas y cada una de las recetas que compartía el chef Ezequiel. Pese a tener prácticamente todo el catálogo de recetas del programa de cocina, el T-bone era su platillo favorito, no había semana alguna en la que no lo preparara. Doña Mary nunca se casó, pero sí tenía algunos hijos, como ella los llamaba. Junto a ella vivían cinco gatitos: Paty, Gorrito, Kike, Botana y Peluso, este era el más pequeño de todos. Tanto era el cariño que les tenía a sus gatos, que todos los días preparaba una porción de comida para ella y otra para los mininos. El menú de los “bebés” era croquetas con sobre de carne por la mañana, por la tarde una abundante porción de lo que cocinara doña Mary y por las noches leche, pero muy poquita, para que no les cayera de peso.

Aunque el menú era abundante para los pequeñines, esto no significaba que todos estuvieran bien alimentados. Kike siempre fue un gato abusivo y nunca aceptó la adopción de Peluso, ya que este fue el último en entrar a la gatuna familia. Siempre le robaba su comida. Al principio el resto de los gatos eran indiferentes ante la situación, pero poco a poco se fueron influenciando y terminaron odiando también al pequeño Peluso, a quien lo único que le quedaba para comer eran las sobras de las croquetas matutinas, ya sin carne.

Doña Mary servía en un plato grande la comida para los cinco pequeños, Peluso intentaba comer lentamente y en silencio, mientras Kike engullía su porción (y gran parte de la de Peluso) frente a los ojos nublados de doña Mary, que solo alcanzaba a distinguir los bultos peludos junto al plato, ella creía que todos lamían los platos con igual entusiasmo, pero nunca notó que el sonido de Peluso era el de lengüetazos desesperados sobre migajas secas.

Así era la rutina alimentaria de esta pequeña familia, hasta que un día doña Mary ya no pudo alimentar más a sus bebés. Falleció de un infarto fulminante mientras encendía la televisión para ver (o escuchar)

El saber del sabor. Aunque eso de que “ya no pudo alimentarlos más” es en realidad una mentira, pues sí pudo darles una última comida.

Nadie se dio cuenta de la muerte de esta señora; ningún familiar, ningún vecino, solo los gatos, quienes, habiendo pasado cinco días sin probar alimento, decidieron seguir sus instintos y comenzaron a comerse el cadáver semiputrefacto de doña Mary.

Al principio estaban asqueados y aterrados, aún había en ellos un poco de “humanidad” y cariño hacia su dueña, pero el hambre pudo más. Paty se fue directamente al rostro, encontró en los ojos un sabor y consistencia que no había probado en ningún otro platillo. Botana se fue directo a las piernas, donde muslos y pantorrillas le dieron un banquete exquisito. El pecho y los bíceps deleitaron el paladar de Gorrito, quien poco a poco y con mordidas delicadas saciaba su hambre. Kike no dudó en rasgar el abdomen de la difunta y atascarse de los intestinos, hígado y los riñones. Su blanco pelaje del rostro se tiñó de un rojo intenso. Esta imagen aterrorizó a Peluso, quien no pudo probar bocado de su dueña, en primera por el afecto que aún sentía por ella y, en segunda, porque sabía que acercarse a la “comida” sería una inmediata señal de rechazo por parte de los otros gatos. Él solo lamía el plato que llevaba días vacío, daba lengüetazos y lengüetazos imaginando que ahí había un T-bone, como el que doña Mary preparaba cada semana y que nunca había podido probar. Esperaba que ese efecto placebo saciara su hambre, lo cual no consiguió.

Pasaron un par de días, la situación en la casa se hacía cada vez más tensa, lo que antes eran ronroneos, se convirtieron en gruñidos, y lo que antes eran lamidas cariñosas, ahora eran rasguños. Las miradas de los gatos ya no eran tiernas, sino que reflejaban hambre y desesperación, lentamente esos pequeños mininos se convertían en depredadores. Peluso sabía que quedarse ahí más tiempo lo convertiría en presa fácil. Una noche, mientras sus compañeros dormían, reunió fuerzas y se dirigió al baño, el sigilo no fue suficiente, Kike se dio cuenta del intento de escape y soltó un maullido que despertó a los demás gatos, todos corrieron tras el pequeño, quien no dudó en entrar al baño y trepar rápidamente por la cortina hacia la ventana que doña Mary dejaba

entreabierta para ventilar sus gases seniles. Paty, que era más ágil que el resto, logró trepar tan rápido como Peluso y antes de que este pudiera huir del lugar se le abalanzó sobre el muslo. Un maullido aturdió la habitación y en un movimiento desesperado pateó con todas sus fuerzas a Paty, quien salió disparada hacia el espejo del baño, rompiéndolo y cayendo contra el suelo. Para su buena suerte, los gatos siempre caen de pie, para su mala suerte, un trozo de vidrio cayó directo en la espalda de Paty, penetrando justo donde se unen la columna y las piernas.

Un nuevo maullido de dolor retumbó en aquel baño, Paty no pudo sostenerse en pie, sus patas traseras quedaron completamente inertes ante aquel vidrio afilado que se le clavó, la sangre comenzó a brotar de su espalda ante la mirada atónita de los otros gatos, quienes poco a poco se acercaron a olfatearla con una mirada sedienta.

Peluso, aterrado, saltó hacia el jardín. Su caída fue amortiguada por las bolsas de basura que tenían varios días sin ser recogidas, era la oportunidad perfecta para buscar algo de comer que no fueran restos humanos. Pedazos de fruta en descomposición, papel de baño, unas flores marchitas, parecía no haber nada de alimento gatunamente decente, pero Peluso detectó un olor muy peculiar, un olor que le recordaba uno de sus más grandes anhelos, hurgó en lo más profundo de la bolsa y logró rescatar un hueso de T-bone. Debió ser de la última vez que doña Mary lo cocinó. Apenas tenía unas pequeñas hebras de carne pegadas al hueso, aun así, Peluso lo degustó como si se tratara del más delicioso manjar.

Pese al estado de descomposición del alimento, quedó fascinado por el sabor, pasó del miedo al éxtasis y finalmente al odio. No podía aceptar que Kike tantas veces lo hubiera privado de ese y de muchos otros manjares. Ese pequeño bocado despertó el hambre de Peluso, hambre de venganza. Con su mandíbula tensa de rabia, tomó el hueso del T-bone, se acercó a una piedra y comenzó a frotarlo una y otra vez. Lentamente y de arriba hacia abajo, mientras imaginaba el cuello desgarrado de Kike. Pasaron horas y horas hasta que el hueso quedó afilado y preparado para ejecutar a su verdugo.

Regresó silencioso a la casa, donde el olor a carne rancia y sangre seca llenaba el aire. Kike con su pelaje aún manchado del rojo de Mary, dor-

mía cerca de los restos de aquella señora, donde ahora se encontraba también el cuerpo inerte de Paty (o lo que quedó de ella). Los otros gatos lamían huesos dispersos, intentando terminar de saciar su hambre.

Peluso corrió y se abalanzó, el hueso afilado apuntaba directo al cuello de Kike. Pero Botana lo vio y lanzó un maullido de alerta, Kike despertó de un salto, y antes de que Peluso pudiera clavar su arma, fue golpeado con las fuertes patas delanteras de Kike. El golpe lo dejó aturdido. El cuchillo improvisado de T-bone rodó lejos, inalcanzable.

Kike lo miró fríamente, con aires de depredador, sin ningún tipo de piedad. Antes de que Peluso pudiera correr por su arma (o para huir), Botana le mordió la pata.

Mientras que Gorrito le cerró las mandíbulas en el lomo, Kike se acercó lentamente y comenzó a lamer el cuello de su presa un par de veces, sin titubear, lanzó una mordida certera a la yugular.

Peluso cayó de costado, débil, aturdido, sin poder hacer ningún movimiento para defenderse. Sus últimos instantes fueron confusos, sentía cómo le arrancaban la piel a mordidas, mas esto no le causaba dolor, se sentía como un hormigueo. Era imposible ignorar el calor de su sangre que brotaba del cuello. Con su mirada desvaneciéndose, lo último que pudo observar fue la televisión que aún seguía encendida.

Hola, ¿qué tal? Sean bienvenidos una vez más a "El saber del sabor", yo soy el chef Ezequiel Romo y hoy les voy a enseñar a preparar un delicioso caldo de res, suave y jugoso, perfecto para compartir con la familia y nuestros seres queridos...



Isabel Guadalupe Rosales Ramírez

Preparatoria Regional de Tala

Diente de leche

Si te levantas y no te duele nada estás muerto.

Fanny Enrigue

*Por favor, cuando me dejes ir, hazlo con la delicadeza con que
regresarías un pez a un estanque.*

Román de Castro

—¿Ya come uvas? —le pregunto a la mujer sentada a mi lado. Estamos en un camión de ruta foránea. Se ve cansada; es morena, tiene el cabello negro. Como yo. No la había visto antes, pero sé que el bebé que lleva en brazos es mío.

Es un camino de poco más de una hora. Elegí este asiento porque está junto a la puerta y tiene ventana. Afuera, la ciudad se agita entre coches y cambios de carril. En una parada, la mujer subió con dos pequeños: un niño de unos seis años y, el más chico, no debe tener más de cuatro.

Lleva un fular azul sobre el pecho. Entrega sus boletos al conductor y, entre el pasillo, busca asientos juntos; solo encuentra uno frente a mí para los niños. Luego, ella se sienta a mi lado.

Me dolía la lengua. Hace unos minutos mis manos empezaron a hormiguear y el cuerpo no me dejaba de temblar. Estaba segura de no tener frío porque me cubrí con una manta. Era otra cosa. Seguro eran las pastillas. Las pastillas me helaron la sangre: esa no se puede cobijar.

Desbloqueé mi teléfono. Tenía en archivos una guía descargada de Internet. La leí: “el dolor sigue siendo el principal efecto secundario”. Creí que todavía no me dolía lo suficiente. Le envié un mensaje a él.

Eran las cuatro de la mañana. Si hice bien las cuentas, por la tarde podría presentarme a la reunión de mi trabajo.

Sonó la alarma. Entre las encías saboreé una pasta insípida, con un ligero agror. Era el resto del Misoprostol. Lo tomé con agua y volví a dormir.

Los días con él no acababan. Amarnos se transformó en costumbre y era natural que algún día, de aquello, nacería otro ser. Pero no pensaba en sus manos como células que buscaban vivir y crecer dentro de mí. Hasta el día que no hubo sangre.

En sueños, mi abuela me lo dijo. Sentada en su equipal, tejía un manto pequeño. Le pregunté para quién era y me sonrió. Entre las hebras, vi algo blanco y diminuto, atrapado en el estambre.

Desde entonces, pasaba días observando mi vientre en el espejo. Los pechos me dolían y yo aproveché para usar blusas que antes no llenaba. No pensaba tanto en ella, porque estaba segura (o quería asegurarlo) que sería una niña. Pensaba más que tendría la altura de su padre y los ojos míos. También pensaba que ya no podría dormir y que una noticia así no caería bien en ninguna parte.

La mancha era tan pequeña que apenas se notaba sobre la tela blanca de mi calzón. Esperé a confirmar el sangrado antes de usar toallas. El dolor llegó pronto. Los cólicos son parecidos a un calambre: a veces estremecedor, a veces punzante. De repente crees que no se van a ir nunca.

Sabía que mi útero no era mío. Es un huésped que se disfraza de órgano propio, pero solo vive dentro sofocándome. Pide un bebé, y otro, y otro; y hoy, que por fin lo tuvo, yo se lo arrebaté. Me maldecía. Me arrancaba la piel por dentro.

La segunda dosis hizo efecto rápido. El dolor subió desde el centro de mi cuerpo hasta la espalda y bajó por las piernas. No me dejaba respirar. Cuando la sangre empezó a correr, tomé un calmante y puse un parche caliente, como decía la guía.

Sonó mi teléfono, era él. Respondía a mis mensajes: “perdón por despertarte, es que me preocupé”, “ya casi voy para cuidarte”.

Él y yo nos conocimos en la universidad. Me tomó por sorpresa, porque no creía que supiera de mi existencia. Nos conocimos por seis

meses antes de formalizar. Creo que lo hizo para llevarme a la cena de Navidad con sus padres divorciados. Fue fácil comenzar con la relación entre noches enteras de alcohol y confesiones.

Tres años después éramos padres de una niña no nacida. Con un corazón tan diminuto que, sin embargo, latió. Lo escuché sola, acostada sobre una camilla con el vientre cubierto de gel frío y la vejiga llena de agua. “Su bebé está perfectamente sano”, dijo la ginecóloga. “Ahí se puede ver el saco gestacional”. “Ahora vamos a escuchar el latido”. El bebé toca mi brazo, insistente. Cuando lo miro, me encuentro a un niño. Tiene cabellera frondosa y oscura, ojos pequeños y las piernas largas y gordas. La mujer me sonríe y se disculpa. En mi regazo, un bote con uvas verdes. Las lavé un día anterior para llevarlas al trabajo, pero hasta ahora tengo hambre. Parece tener más de un año. Sus dedos son tibios, suaves y húmedos de saliva. Me mira fijo y le sonrío. Siento el pulso leve en la yema de sus dedos y por un segundo creo que ese ritmo es mío.

Cuando él llegó al departamento, yo apenas podía caminar. Me ayudó a ir al baño.

La taza era pura sangre y excremento. La guía decía que la diarrea era normal, pero yo buscaba a mi bebé y no la encontraba. Todavía sentía dolor. Acaricié mi vientre con dulzura. Mi bebé quería salir, pero mi útero guardaba rencor y no me dejaría abrazarla.

Me arranqué la ropa y la dejé en el suelo extendida, como el manto que tejía mi abuela.

Deshice la toalla sanitaria con las manos. Solo encontré algodón y sangre. Cerré el baño con llave.

Entré a la regadera y pujé. Él tocaba la puerta. No, la golpeaba con fuerza. Pedía verme, pero yo estaba bien. Un jalón interno drenó una corriente de sangre que me cubrió las piernas. Abrí la llave para enjuagarme. El dolor cedió. Entre los pedazos de carne en la cerámica, no veía a mi hija. Por eso abrí las piernas, metí la mano y con mis uñas, rasgué la carne que quedaba dentro.

Toqué un bulto. Algo tan pequeño como un frijol. Cuando abrí el puño, entre hilos de sangre y entrañas, lo único que encontré fue un diente.

—¿Ya come uvas? —insisto. Me responde que sí.

—Toma —le digo al niño. Escogí un racimo pequeño, apenas tenía tres o cuatro uvas chiquitas y dulces. Él mueve sus piecitos con emoción y sonríe. En su dentadura casi completa, falta un solo diente de leche.



Ricardo Tonathiu Figueroa López

Preparatoria de Tlaquepaque

Museo vacío

Serían casi las ocho y media cuando me di cuenta de que me quedé dormida. La barra de progreso del video que reproducía mi celular delató que me había distraído hacia unos cuarenta minutos. La película iba muy avanzada y no sabía ni de qué se trataba. Apagué la pantalla sin revisarla y miré por encima del escritorio hacia la calle. Nada: las luces amarillas del portal, la lluvia, apenas un chisporroteo que hacía oler a tierra mojada, el cielo oscuro. Más allá apenas se veía una pareja acurrucada bajo un alero de madera viendo la llovizna. Pero el museo siempre solo.

Cuando conseguí que me designaran a este lugar para hacer mis prácticas profesionales, la encargada de vincularnos con las instituciones me dijo que esto sería muy sencillo: mi trabajo sería recibir turistas, pedirles que se registraran en el libro de visitas, hablarles de lo interesante de este pueblo, invitarlos a pasar a ver las muestras de arte de las dos salas del museo y sonreír invitando a los turistas a volver pronto. Tendría oportunidad de practicar mi inglés si nos visitaban del extranjero y tendría tiempo para leer o hacer algo porque el lugar nunca ha sido tan concurrido.

Qué forma tan optimista de decir que nadie visita este lugar. Hacía días que nadie venía y eso que estábamos en temporada vacacional. No miré hacia el pasillo de las galerías porque no había razón para estar alerta. Si alguien hubiese llegado, habría despertado al escucharlo entrar, pero semanas atrás ya había perdido la esperanza de recibir visitantes y de practicar mis habilidades de experta en turismo, porque nadie tiene interés en este pueblo ni en el arte ni en nada que haya aquí. Por casi cinco años invertí mi tiempo y esfuerzo en prepararme

para ser una profesionista exitosa, y fue mi prioridad el ser la mejor, aprenderlo todo. Mientras mis amigas y compañeros se daban tiempo para fiestas y salidas, yo me dediqué con todo el esmero a mejorar mis habilidades y conocimientos. Al principio me insistían en que tomara algún descanso y en que los acompañara a la fiesta de bienvenida del semestre o a una reunión en un bar, pero con el tiempo, cuando vieron que nada conseguían, dejaron de insistir y, aunque seguimos siendo amigos, nos distanciamos un poco.

Oí el primer golpe. Fue lo que terminó de despertarme, pero no lo que me levantó del asiento, porque no estaba segura de haberlo escuchado. Ni siquiera me moví, me mantuve estática intentado poner atención a todo lo que oía a mi alrededor, pero pronto me convencí de que ni siquiera el crepitar del agua se escuchaba, como si la escena que veía por encima del escritorio fuera cine mudo en color sepia. Pero no, no estaba mirando algún otro de los cuadros del museo: el agua de lluvia se movía y, de vez en cuando, los novios también.

El día que empecé mi servicio, la recepcionista anterior intentó asustarme con historias de aparecidos. Dijo que un alma penaba aquí y que no se sabía qué buscaba, que unos decían que era un ahorcado de tiempos de la revolución, otros, que era un hermano desaparecido del primer dueño del edificio y que él mismo había emparedado o enterrado y que, por la culpa, se había vuelto loco y desaparecido también del pueblo; otros más decían que era un niño que visitaba el museo y “jugaba” a esconder las cosas. Nunca creí esas historias porque sé que las leyendas son parte del atractivo turístico de un pueblo, pero me molestaba que la gente (porque fueron más personas quienes después me repitieron estas historias) intentara obligarme a creer.

Me levanté para terminar de espantarme el sueño y fui a recargarme en el marco de la puerta, desde donde pude ver cómo la mayoría de los locales comerciales estaban cerrados. Solo la cafetería de la calle del otro lado de la plaza seguía abierta, pero lo mismo hubiera dado que estuviera cerrada, porque estaba tan vacía que parecía que solo abrirían para recibir fantasmas de medianoche, como si confabularan para hacer creer al pueblo entero esas historias de fantasmas tan genéricas que se escuchan en todos lados.

Si alguien, por la cara que asumo que tendría en ese momento, se hubiera dado cuenta de que me había quedado dormida en mi horario laboral, seguramente no me contarían mis horas de trabajo, quizá habría perdido el puesto y habría tenido que buscar en otro lugar donde seguramente habría tenido que trabajar más para conseguir la liberación de mis prácticas. ¿Pero quién se iba a dar cuenta si desde el primer día me habían dejado sola en la recepción del museo? No parecía haber nadie mínimamente interesado en venir, ni turistas ni los mismos encargados del centro cultural. Creo, incluso, a pesar de no tener pruebas, que si este museo sigue en pie es por sacar dinero del gobierno y desviarlo a los bolsillos de alguien, porque, aunque se sabe que se destina dinero público a la manutención del edificio y la gestión de arte, no hay pruebas de que se intente siquiera.

Lo fresco de la llovizna redujo el calor del verano, pero de alguna forma yo me sentía tan aturdida como cuando a pleno rayo de sol llegué al museo ese día. Me sentía como si hubiera algún encanto, como si un veneno me inmovilizara y me impidiera despertar del todo. Veía llover en la plaza vacía como se contempla la lluvia en una película de arte: con una atención casi hipnótica en los detalles y con una música *indie* sonándose de lejos dentro de mis oídos.

Cuando mi ahora ex me dijo que lo nuestro ya no podía ser, también recuerdo haber escuchado desde dentro esa música sepia mientras caminé por las calles de adoquines iluminados de amarillo por estas mismas lámparas viejas. Me lo dijo aquí, en este mismo umbral que me separa de ese pueblo fantasma para encerrarme en estas salas donde tampoco habita nadie. Curiosamente no sentí nada. Dejé la música sonar, pero no lloré, no me enojé, no me sentí aliviada, solo le dije que sí y di la vuelta para volver a entrar y seguir con mi trabajo, atendiendo a nadie en mi escritorio alto y mi recepción vacía. Apenas él se fue, cerré el museo y caminé a casa.

Muchas veces me pregunté qué sentido tenía trabajar mis prácticas en el museo si no estaba desarrollando ninguna habilidad salvo la de sobrevivir estando sola.

Supongo que, si algún día naufrago, sabré qué hacer: sentarme detrás de un escritorio y esperar a que el tiempo pase, como ese día...

y como todos los que pasé en ese lugar. En ese momento, mientras me hacía la misma pregunta en la entrada del museo, escuché el segundo golpe en el fondo del pasillo. Esta vez supe que sí lo había escuchado. Y entonces el golpe anterior también había ocurrido.

La anterior recepcionista decía, desde su jerga esotérica en la que ella creía, que en la sala del fondo era donde pasaban las cosas más intensas, que ahí se sentía una vibra diferente. La semana que se quedó para enseñarme a hacer su trabajo (como si necesitara más de una hora para instruirme para hacer nada) no paró de contar historias de presencias en las que nunca creí. Me decía que mi falta de sensibilidad espiritual terminaría mientras trabajara en esa recepción vacía, que algún día iba a reconocer presencias en las galerías, que quedarme sola me iba a quitar lo insensible.

Sí sentí algo esa noche. Fue como un despertar lento. A pesar del ruido repentino del golpe en la puerta de la galería del fondo, la conciencia me fue volviendo de a poco. Volteé hacia la sala de la recepción y no encontré a nadie, como el día que llegué a vivir sola a este pueblo con la idea de empezar de nuevo mi historia, con un futuro profesional prometedor como guía bilingüe de turistas, pero sabiendo muy en el fondo que si había tomado la plaza en este lugar era para alejarme de la ciudad, de mis amigos cercanos (no eran ni tan mis amigos ni gente tan cercana). No sé por qué esos recuerdos me regresaron tan de repente si habían quedado fuera, pero sí sé que me provocaron un mareo repentino que me hizo andar despacio hasta el sillón de frente a mi escritorio.

La vez que pensé en quitarme la vida también sentí un mareo, pero fue más intenso, y también me senté en un sillón. Aquella vez pensé que peor que estar sola era estar con gente como la que me hizo sentir como si lo estuviera, que no entendía que si mi prioridad era el estudio, no significaba que no me interesaran otras cosas y que se alejaron poco a poco hasta dejarme sola. En mitad de la sala de mi departamento consideré saltar por la ventana o hacer algo para terminar con todo. Luego fue cuando se publicaron las listas de lugares para hacer prácticas y encontré este como perfecto para alejarme de todos y encontrar la calidez de los lugares pequeños y su gente amable que hace sentir a los que llegan como en casa.

Pero después me dejaron en ese inmueble vacío de todo y no tomé conciencia de cómo me estaba haciendo una con la nada, hasta ese instante en que todo me empezó a dar vueltas en la cabeza otra vez, como aquel día en la sala de mi departamento.

El tercer golpe me sobresaltó, pero sirvió para cortar el torbellino de pensamientos que estaba ganando peso en mi cabeza. Definitivamente lo escuché.

Venía del fondo del pasillo, de la única puerta cerrada, la que daba a la galería más grande y que normalmente no se usa porque se reserva para eventos culturales y no para exhibir arte y que cuando no está en uso da la ilusión de una casa antigua abandonada. Me levanté del sillón para ver a través del pasillo y me mantuve atenta un momento para escuchar si se repetía el ruido. No sé cuánto duró la espera, porque el tiempo pareció detenerse en ese instante de luz amarilla que entraba desde la calle, pero el ruido no se repitió.

Tampoco la intención de saltar por la ventana o tirarme al fondo de un lago se repitieron, pero junto con esas ideas se fueron también mis ganas de estar con alguien y terminé alejándome en un pueblo vacío de turistas y pobladores, que de repente empezaba a causarme una incomodidad que no sabía reconocer, pero que me quemaba tan insidiosamente como la necesidad de encontrar qué habría golpeado la puerta de la galería del fondo.

Más allá de la recepción, el pasillo estaba iluminado con luces blancas, pero el tramo del final estaba oscuro. Nadie iba ahí mientras no hubiera algún evento.

Caminé despacio con la vista fija en la puerta cerrada, sin pensar en nada, sin temer ni desechar nada, solo atenta en la puerta, a la que llegué sin hacer ruido y donde recargué una oreja para tratar de escuchar al otro lado. Solo entonces, con la cabeza pegada a la puerta, se me ocurrió pensar en un fantasma. Pensé en que tal vez las historias que contaban fueran ciertas y había algún alma atrapada en el edificio. ¿Se sentiría tan sola, tan abandonada, que se manifestaba para llamar la atención y sentirse acompañada?

Así llegué a sentirme yo, como un alma que pena en un mundo en el que ya no le corresponde estar. Luego me persuadí de que no debían

ser las cosas así y que solamente estaba pasando por un arranque de ideas extremistas que probablemente no tenían sentido. Durante semanas en el pueblo me convencí de que era mejor estar sola que con malas compañías, pero esa noche en la galería me convencí de que no era la única pasando por eso.

¿Y si esta alma errante vagaba porque no encontró nunca la tranquilidad de un hombro donde llorar sus penas? Yo podía entender. Tal vez si hubiera terminado con mi vida hubiese acabado igual: penando sola en una galería oscura. Tenía que entrar en el salón, entonces, ya no por mí ni por comprobar nada, sino para que el espectro supiera que había alguien más en ese museo tan poco visitado. Quizá sabiéndolo podría descansar en paz y yo también podría estar más tranquila. El último golpe fue más suave pero hizo vibrar la puerta y, en lugar de asustarme, me convencí de que debía abrirla. No dije nada, no le hablé, pero me apresuré a sacar la llave para abrir y enfrentar a quien fuera y decirle que se fuera en paz, que no estaba solo en el museo.

Mi abuela decía que cuando un alma está atrapada en este mundo hay que rezar para pagar sus culpas y pueda irse en paz, pero yo más bien creo que hay que hacerles saber que no están solas. Ella pasaba mucho tiempo pidiendo por las almas solitarias. Ojalá hubiese pasado un poco más de tiempo con sus nietos y menos con espíritus que ni conocía, porque lo que consiguió fue predisponerme a convertirme algún día en un alma solitaria.

Debía liberar de su soledad a ese espíritu. Entré en la galería y busqué por todos lados con la mirada, corrí a abrir las ventanas, removí los pocos muebles, le grité que aquí estaba, pero al final comprobé que no había nada: ni un espectro ni una persona ni nadie más que yo en un afán insensato de encontrar una sombra inexistente. En el rincón más oscuro de la galería me dejé caer de rodillas y lloré.



Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba

Preparatoria 15

Se intercambian vidas

Tres sencillas palabras fueron las que me hicieron desviarme de mi camino al trabajo y llegar tarde: “Se intercambian vidas”. Con ese letrero se anunciaba el nuevo establecimiento reformado que tenía a todos los de la cuadra especulando. El lugar se veía moderno y elegante, como la mayoría de los nuevos departamentos y *lofts* de la ciudad, con puertas de vidrio y labrados en mármol. Según escuché por mis vecinas Andrea y Catarina, esas piedras venían de algún lugar del extranjero, pero no recordaba el nombre. Todos en el barrio sabíamos que pronto inaugurarían un nuevo negocio en el antiguo local de libros usados que solía dirigir don Manolo y que tristemente tuvo que cerrar recientemente. Culpaba a las nuevas generaciones de que “sus tesoros”, como solía llamarlos, ya no fueran apreciados como en tiempos pasados.

“Se intercambian vidas”, pensé en mis adentros. Al menos no me tocaría pagar las cervezas el fin de semana, salvo que Samuel y Carlos también quisieran poner una ronda. Al final habían apostado sobre el negocio que abrirían y ninguno tuvo razón. Hasta hoy en la mañana, todavía me mantenía firme en que iba a ser una de esas estéticas a las que mi exesposa Clara le encantaba visitar. Fruncí el ceño enojado. Clara. Esa mujer. Siempre peleábamos por lo mucho que gastaba en ropa, accesorios y centros de belleza, y al final terminó disfrutando de esos lujos gracias a ese maldito abogado y su acuerdo de divorcio. Seguramente en estos momentos ha de estar disfrutando de esos servicios, mientras que yo debo trabajar doble turno para llegar a fin de mes. Al menos no tuvimos hijos, como decía José. De lo contrario, ni siquiera conservaría este viejo traje gastado.

Al pensar en mi exesposa y el cartel del nuevo local, no pude evitar evaluar a detalle mi vida y en cómo había terminado así. Recuerdo que cuando era niño solía ver las estrellas y pensar en lo mucho que me gustaría ser un astronauta y vivir grandes aventuras en el espacio. Incluso usaba los juegos del parque, sobre todo los columpios y la rueda giratoria para “practicar mis entrenamientos”. Bueno, así fue hasta que en unas de mis tardes me rompí la mandíbula, el brazo derecho y tres dientes, acabando con el sueño de, hasta mi entonces, corta vida. Con el pasar de los años, decidí centrar mis esfuerzos en conocerme mejor a mí mismo y a la gente; decidí estudiar psiquiatría. Dicha carrera me ayudó a forjar grandes amistades, una esposa modelo, varios contratos y una reputación de renombre. Eso hasta que Clara, harta de que le pidiera medir sus gastos para pensar a futuro, decidió divorciarse y difamarme. Al final lo perdí todo, hasta el cabello. El sobrepeso vino después.

“Se intercambian vidas”, pensé nuevamente. Cada vez más entusiasmado.

La idea de poder empezar de nuevo sin necesidad de renacer era más que tentadora. Podría en otra vida haber sido el astronauta que siempre quise. O quizás uno de esos millonarios que salen en la tele... pero mejor. Uno de esos filántropos que viven la buena vida, haciendo acciones de caridad de vez en cuando y dedicándose a disfrutar las oportunidades mientras pasan el tiempo viajando o en sus mansiones. ¡Incluso podría tener la vida de Clara! Ser un oportunista en espera de una fortuna. Tan solo la idea de intercambiar mi vida era suficiente para tentarme. Después de todo, ¿quién no ha soñado con intercambiar vidas?

Después de recibir el habitual regaño de mi jefe y las llamadas constantes de mi abogado sobre una nueva demanda de Clara, cada vez lo tenía más claro. Tenía que solicitar información en el nuevo local sobre cómo intercambiar mi vida. Seguramente sería uno de esos procesos largos como los que manejaban en la universidad, donde venían chicos de Francia, España, Canadá u otros países a estudiar en nuestra escuela, mientras nosotros íbamos a la suya. Me imaginé viviendo la

buena vida en otros sitios, como alguna vez lo hice en mis años de estudio, mientras algún pobre diablo terminaría viviendo mi vida en este apartamento destortalado, con olor a comida china del negocio de al lado. También se me cruzó por la mente que podría terminar peor de como estaba, pero considerando que ya era un paria social para la mayoría de mis conocidos, un empleado mediocre para mi jefe Ramón, una escoria para mi exesposa Clara y una persona desafortunada para unos cuantos que se compadecían, pero se negaban a ayudarme, la decisión era igual que el nombre de esa infame mujer que me arruinó, simplemente Clara.

Lo primero que me sorprendió al llegar a primera hora de la mañana al local fueron los hermosos vitrales que había al interior, los pisos y paredes de mármol, que parecían gritar: “¡Hazlo! ¡Ven y vive esa vida de lujo! ¡Ya estás a un solo paso, Raúl! ¡Tú puedes!”. Lo segundo que me impresionó fue lo joven y bella que se veía la hija del dueño del local, mientras me entregaba el formulario de consentimiento y otros documentos. En ellos preguntaban mis motivaciones, qué tipo de vida me gustaría e incluso si estaba dispuesto a viajar. Caminaba de un lado a otro, golpeando el piso despreocupadamente, sin temor a rayar la piedra. Fueron muy enfáticos conmigo y los otros candidatos sobre el hecho de que al entrar en este nuevo modelo de negocio, aprobado por el gobierno local, no se podría dar marcha atrás. Mencionaron que repatriar a un ciudadano era un proceso largo y costoso, por lo que solo se podía hacer una vez. Ellos cubrirían los costos del traslado. Solo debíamos comprometer nuestros hogares de vivienda para ser habitados por otro postulante de intercambio y cubrir algunas cuotas administrativas para nuestra nueva identidad y los trámites asociados a ella.

Tenía mis sospechas, pero nos dieron tiempo para pensarla. “Ningún negocio fraudulento daría la oportunidad a sus candidatos de retirarse. Hacer las investigaciones correspondientes, o denuncias, si ese fuera el caso.”, pensé. Pero ellos nos lo permitieron, lo que nos brindó una sensación de alivio y esperanza. Solo nos pidieron firmar un acuerdo de confidencialidad en el que prometíamos no revelar nuestras intenciones de participar a terceros, incluso familiares, debido a las implicaciones éticas y sociales que tenía este programa piloto.

Sinceramente, no necesité pensarlo demasiado. No sé bien si fue la demanda de Clara, los reclamos de mi jefe Ramón, o lo sensual que se veía Diana, la recepcionista de “Se intercambian vidas”, que no necesité ni siquiera leer las reseñas que mencionaron que podíamos buscar en su sitio web para saber cuál sería mi decisión, misma que me llevaría tan solo dos días después a hacer el depósito bancario y firmar los documentos correspondientes.

—¿Estás seguro de tu decisión? —preguntó Diana expectante, con esa dulce voz de hechicera.

—¡Nunca había estado más seguro de nada en mi vida! —respondí seguro de mí mismo y bastante coqueto, a decir verdad. Nada me aseguraba que ella estuviera en esta nueva vida, pero se vale soñar.

—Desde ahora tu vida va a cambiar por completo —respondí de manera seductora.

Y sin saberlo, ahí estaba yo, intercambiando mi vida de un pobre asalariado de largas jornadas, divorciado y sin hijos, a punto de empezar una nueva vida... como un trabajador en las minas de mármol extranjeras.



Alma Yazmín López Magaña

Preparatoria de Tonalá Norte

Tumor financiero

Una vez más, estás ahí, angustiada, nerviosa, timorata, con la mente trabada por la pesadumbre que aprisiona todos tus pensamientos. Ya no te alcanza el dinero, no rinde, acabas de recibir tu quincena y ya se evaporó, cada centavo lo debes. No cabe duda, para la gente honesta, “derecha”, tener deudas es una de las peores cosas que pueden ocurrirle. Al no poder pagarlas, se va formando una bola de nieve que va tras de ti siempre, decidida a aplastarte. La mortificación por tener que liquidarlas y no poder hacerlo, poco a poco te fulmina, te va mordiendo el ánimo, mutila tu paz, horada lentamente tu cuerpo, sin siquiera notar cuándo comienza el declive.

Es como una gigantesca ola que se eleva día tras día, pendenciera, muy alta, hasta que, de repente, cae sobre ti y te devora. Te ahoga el alma, inunda todo tu espacio y asfixia tu tranquilidad. Un certero y húmedo golpe (considerando la cantidad de lágrimas derramadas en el trayecto por la impotencia de que nunca es suficiente) que arrasa con todo lo que encuentra hasta dejar solamente un caos interminable sin relieves claros.

Has llegado a un punto en que tus sentidos se colapsan. Estás estresada, saturada de ideas agobiantes que te sangran el alma, tanta frustración e impotencia acumulada solo hace que exudes fracaso, hundimiento, dolor generado por el hostigamiento de las constantes llamadas y los mensajes de cobranza, ya no solo a ti, sino también a tus familiares, vecinos, amigos, o incluso, molestias en tu lugar de trabajo. Presión incesante que te opriñe el pecho. Temes ya no tener dinero ni para lo elemental: para sobrevivir, alimentarte, pagar transporte o continuar la jornada. Estás al filo del abismo, lo sabes.

Cada mañana dejas de vivir, aunque en el fondo eso has deseado muchas veces, con tal de acabar con este suplicio, pero recuerdas a tus hijos y eso sin duda, te detiene. No puedes dejarlos, darte por vencida y sucumbir ante esta penosa situación. Quisieras dejar de pensar en cómo saldar tus deudas, en cómo vas a sostener los gastos de tu casa la semana que inicia, en si te rendirá lo poco que te queda para las necesidades habituales, en fin, ansías dejar de pensar en qué nuevos malabares ejecutar para librar los pagos, los incontables intereses y el estrés que esto te genera. Sin duda, sería un descanso olvidarte de todo. Dejar de experimentar esa angustia, pero resulta imposible.

—Por favor, Dios mío, que ya termine este viacrucis; que pueda saldar todo lo que debo —Esta frase la has musitado muchas veces frente al espejo, implorando hacia el cielo. Repleta de fe, cargada de esperanza, de urgidos ruegos suplicantes. Muestras un dejo de optimismo que te ilumina el rostro al esbozar tal idea, aunque la dicha dura solo un instante.

La sentencia “Debes pagar” se ha convertido en una sombra perpetua que, al parecer, jamás va a abandonarte y que continuamente clava sus dedos en tu cuello para estrangularte, hasta hacerte sangrar la piel y sucumbir tu entereza, sin piedad.

Sin dudarlo, has buscado diferentes alternativas. Algunas te negaron la ayuda, o bien, no fueron suficientes, nada alcanzó para cubrirlo todo. Te saturaste de trabajo, incluso los fines de semana; solicitaste créditos en cajas populares que no te dieron por tu capacidad de pago limitada; fuiste al banco donde recibes tu nómina y tampoco procedió tu requerimiento; milagrosamente te hiciste de un par de tarjetas de crédito para solventar algunas cosas, que después no pagaste; acudiste con amigos y familiares pidiendo préstamos personales, una y otra vez, hasta fallarles por quedarte sin nada; optaste por realizar tratos con mezquinas casas de empeño; descargaste fraudulentas *apps* montadeudas que solo robaron tus datos máspreciados, te extorsionaron y dieron muy poco a cambio de intereses exorbitantes y plazos ridículos. En otras palabras, en tu desesperación hiciste de todo, has echado mano de lo que había a tu alcance, de lo que se te ocurría sumida en la más aguda desolación, sin embargo, el resultado ha sido peor, caótico. Tu

endeudamiento en lugar de bajar se extendió, hasta casi consumirte, hasta enfermarte y aniquilarte por dentro.

No ves luz, no ves progreso ni salvación. Tan solo oscuridad y angustia. ¿Cómo llegaste a este punto? Ya ni siquiera lo sabes, solo pasó. No has viajado, estrenado ropa, comprado algún coche o casa, no tienes lujos, nada. Careces de todo y todo lo debes. Desdeñable y absurda contradicción. Ya no existe una respuesta, miras a tu alrededor y no lo entiendes. La destrucción comenzó meses atrás. El monstruo devorador de tu tranquilidad se fue llenando de unos rasgos peligrosos que tardíamente notaste, hasta que se volvió imparable e imposible de aniquilar.

Ahora, te asecha. Permanece contigo día y noche. No hay descanso, la bestia lo ahuyentó sin miramientos desde el primer pago que ya no pudiste realizar. Ese horrible ser te mira burlesco. Cada peso que debes lo alimenta y cada acto por cubrir tus cuotas lo hace más violento. Quiere devorarte y, sin piedad, te tortura hasta exprimir todo tu ánimo. No muestra misericordia. Tiemblas de solo evocarlo.

Ya no tienes fuerzas, se agotaron todos tus recursos y, parece que, a pesar de todos tus esfuerzos, al final, te rendirás.

Así ocurrió. Una mañana tu cuerpo quedó tendido a la mitad de tu habitación. Tus pobres hijos te encontraron. Médicos, policías, parentes, ninguno de ellos pudo explicar la causa. Sin huellas de daño evidente, sin dolores crónicos, sin algún síntoma previo al deceso. Faltaron las respuestas y abundaron las interrogantes.

¿Qué fue lo que te pasó? Continúa siendo un misterio. Solamente tú podrías aclararlo, pero ya no te encuentras aquí. Seguro, ya descansas. Te libraste de la profunda presión del modo más cruento. No lo viste venir, solo te aniquiló, sin aviso alguno. Tu cuerpo colapsó, tu mente comenzó a flaquear y ya no pudo más, renunció a luchar, a defenderse de los constantes embates del endeudamiento perpetuo. Lastimosamente, el desasosiego triunfó, fuiste fulminada por ese asesino invisible, no obstante, la muerte repentina fue la heroína que te libró, por fin, de las garras del insaciable monstruo.



Carlos Alberto Gonzalez Sevilla

Preparatoria 9

Vas a estar bien

No hay nada más peligroso que un recuerdo que no se apaga.

Mariana Enriquez

El aire acondicionado estaba roto, quizá igual de roto que yo, o quizá un poco más.

Mamá estaba al volante; no había dicho ninguna sola palabra, pero sé que en el fondo se trataba sobre papá. Creían que era ingenuo, pero escuché muchas de sus discusiones a altas horas de la madrugada. Desde que somos pequeños, tenemos esa habilidad de callar y hacer como si nada pasa, pero con tantas tormentas en la cabeza... no sé si seré capaz.

*Every night, I live and die
feel the party to my bones
watch the wasters blow the speakers
spill my guts beneath the outdoor light
It's just another graceless night
I hate the headlines and the weather
I'm 19 and I'm on fire.*

Tengo diecinueve y estoy en llamas. Intenté despejar las nubes de mi cabeza con una de mis canciones favoritas, pero no surtió efecto. Además, mamá me frunció el ceño y me miró a través del espejo por unos segundos. Suspiré e intenté mover las nubes con un manga de *Jujutsu Kaisen* que me había regalado... alguien cercano a mí. Alguien que ahora no estaba y que tenía atorado en mi garganta. ¿Pero qué se

supone que debes hacer cuando alguien desaparece y se lleva hasta las partículas más pequeñas consigo?

—Guau, guau —Camilo ladró tratando de subir mi ánimo.

Al menos entre tantos astros y truenos, Camilo estaba emocionado por el viaje. Meneaba su cola dorada y alzaba las patas en la ventana. Solíamos hacerlo todo el tiempo, de esa forma el aire impacta contra los rostros y una especie de espíritu —así lo llamó yo— se revoloteaba en nuestro pecho y se llevaba los días grises.

—A... Alexis... —Se quebró la voz de mi mamá y sus ojos comenzaron a derramar todo lo que no era capaz de decirme. Pero sabía exactamente lo que quería contarme: que papá la engañó y por ese motivo emprendimos un “viaje” sin retorno.

—Alexis — hizo una breve pausa y continuó—. Sé que pasas por un momento difícil. Ser adolescente es agotador. Ya hemos hablado de esto muchas veces, pero debo decirte algo... no puedo ocultarlo para siempre.

Sí, ya habíamos hablado de esto muchas veces. Admito que no me gustan sus sermones, pero era algo que estaba destinado a ocurrir. Y ya había ocurrido en muchas ocasiones: en mi cumpleaños número dieciocho del año pasado, cuando mis padres planeaban sorprenderme desde muy temprano para llevarme un pastel, pero me encontraron desnudo y agitando mi mano a la velocidad de un sol; cuando robé un perro y tuvimos que devolverlo —afortunadamente la dueña nos regaló a Camilo—; cuando me perdí en una tienda enorme y me vocearon por todos lados, hasta imprimieron mi foto en muchos carteles y los pegaron en la sucursal. Entre otras historias.

—¿Recuerdas a Dante? —apretó su labio inferior y presionó el volante con mucha fuerza.

—¿El amigo de papá?

Lo recordaba mejor que las piezas de un rompecabezas. Iba cada fin de semana con la familia y, en un par de ocasiones, fue con nosotros a las playas de Nayarit. Hasta hace poco... hace unos meses se distanció y no sabemos nada de él. Mejor dicho: yo no sé nada de él. Solamente que papá lo llamaba los sábados y se encontraban en las madrugadas para beber cerveza.

—Bueno, es complicado de explicar —la voz de mamá se volvió a quebrar.

—¿Por qué?, ¿hizo algo? —pregunté inquieto. El corazón se me hizo piedra y mi instinto despertó. De inmediato pensé en lo peor. Se acostaron.

Abrí los ojos como si hubiese visto un espectro y esperé a que mi madre retomara la conservación.

—Verás, ellos ahora son pareja.

—¿Qué?

—Sí, sacaron los ahorros del banco y se fugaron. Tu padre... —tragó saliva, hizo una breve pausa y secó sus lágrimas—. Tu padre ni siquiera tuvo los pantalones para decirme algo al respecto.

Abrí por completo la ventana. Sentí un breve ataque de ansiedad y mis pulmones comenzaron a fallar.

—Alexis, Alexis, respira, respira, por favor. Cálmate.

No escuchaba a mamá. Camilo ladraba tan cerca que podía sentir sus patas arañando el asiento; me observaba con los ojos de aceituna, dos rosas negras clavadas al fondo de mis córneas. A duras penas, me aferré al asiento con la yema de los dedos. Mis fosas nasales se taparon y solo era capaz de producir el sonido ahogado de una A. No podía respirar. La garganta se me cerró de golpe, como si un hilo invisible me apretara por dentro.

—¡Alexis, no me asistes! Toma, respira aquí... —me entregó una bolsa de papel—. Me voy a detener. ¡Tranquilo! Vas a estar bien.

Camilo ladró más fuerte, inquieto, pero mi madre seguía aferrada a mí.

En más de una ocasión tuve problemas para respirar. En una ocasión, terminé en el hospital. Por esa razón, no me dejaban solo tanto tiempo o me prestaban demasiada atención. Me sentía observado, como un bicho extraño.

Una vez más el aire se escapó, pero la cuerda de mi garganta se desató.

Respiré con dificultad. No podía distinguir lo que pasaba; tallé mis ojos. Entonces vi a mamá. Tenía un hilo rojo en el pecho. ¿Era mi imaginación? ¿O se estaba deshilachando? Miré mis manos: parecían

velas, velas derretidas que inundaban el auto. Toqué sus hombros para contarle lo que pasaba, pero cuando mis dedos rozaron su piel, ella desapareció.

¿A dónde fue mamá?

Parpadeé y la hebra se escondió. Busqué a mamá por todas partes: en mis costillas, bajo la lengua, en mis párpados... no la encontré. Me pareció sentirla dormida, diminuta, pegada a mis latidos.

Camilo hacía tanto escándalo que juraría que ladraba dentro mi pecho. "Revisa bien", gemía o hablaba. "No dejes que se pierda".

Intenté abrirme, rasparme el forro que cubre mi carne para encontrarla, pero mis manos ya no eran mis manos: eran grumos de cera caliente que dejaban marcas en mi pecho. Mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, todo estaba cubierto de cera caliente. No tenía otra opción, debía tomar el volante.

—¡Alexis, agárrate!

Entonces todo crujío, el golpe llegó. Todo se hizo añicos, como si el hilo se partiera en dos y nos desconectara. Un sonido de cristal quebrándose por dentro.

Y después nada.

...

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas; retumbaba como un eco infinito que duele.

Duele con la intensidad de un recuerdo amargo que quiere brotar de mi garganta y florecer en medio de una turba de espinas. ¿Dónde estoy? Lo último que recuerdo es que mi madre regresó el cuerpo al volante y que yo no podía respirar. Al menos, entre todos estos astros y truenos, ya puedo inhalar aire con fluidez. Siento la lengua tibia de Camilo sobre mis mejillas y el ruido de la ambulancia no me deja pensar claro.

*But when we're dancing, I'm alright
It's just another graceless night
Are you lost enough?
Have another drink, get lost in us
This is how we get notorious
Cause I don't know*

*if they keep tellin' me where to go
I'll blow my brais out to the radio*

—Vas a estar bien —dijo un paramédico que reproducía una melodía familiar en sus auriculares—. Vaya golpe, amigo.

No supe qué responder, intenté mover mi brazo para tocar a Camilo, pero de inmediato comenzó a doler.

—Está roto, no lo muevas.

Volvió a manifestarse el paramédico y yo volteé en dirección al auto: estaba hecho polvo y ahora el aire acondicionado estaba más roto que yo. Con mi otra mano busqué mi manga, pero no logré encontrarlo.

—¿No deberías preguntar por tu madre en lugar de buscar tu libro?

Me lo entregó. Fue vergonzoso, pero “el libro” al que él se refería también era importante.

Comencé a derramar todo ese silencio guardado en mi pecho, y casi al mismo tiempo, se acercó una camilla con mi madre, quien dijo entre lágrimas y risa: —Vamos a estar bien, Alex. Yo lo estoy y tú eres fuerte. ¡Va a estar bien!

La miré con los ojos cristalinos. Me dolió verla tan consumida en su angustia, era tan evidente que casi podría verla pegada a ella, como a un monstruo que bebe de tu sangre hasta dejarte sin ganas de respirar. Y ahí, miré mi reflejo frente a otra ambulancia y me di cuenta de que, en realidad, no era tan diferente a mi madre.

Ella suele tener miedo de todo y no la culpo. Yo también. Creo que a veces el miedo no tiene forma, pero huele a medicamento, a hojas de papel, a tinta, a una herida saturada. Suena a desconocidos pidiendo camillas, sirenas, vendaje, metales, agua. Se siente como un alambre de púas atorado, que no te permite hablar y se esconde entre las costillas. Es como un animal que no muerde, pero tampoco deja dormir.

En muchos sitios los nombres arden en sangre como decretos no divinos, convertidos en titulares que buscan público, morbo, odio y sermones disfrazados de fe... A veces me pregunto si también me van a apagar a mí, si mis palabras serán borradas y mis recuerdos, solo lágrimas en los pechos de los que de verdad me aman.

En las noticias decían que todo estaba bien, que nadie había muerto por ser feliz. Pero yo conozco nombres que arden. Nombres que fueron arrancados de la boca del viento y ahora ya no existen: Paola, Sarah, Ociel, Jesús. La lista es interminable. Cada uno se deshizo entre gritos, como si la alegría tuviera precio.

¿Y en medio de todo este caos, qué hago con Sergio?

¿Por qué me dejó mi novia?

¿Por qué me dejó y el destino me puso a Sergio?

¿Por qué Sergio se quitó la vida sin dejar indicios, huellas o explicaciones?

¿Por qué mi garganta arde y yo me siento culpable?

¿Por qué lo fui? Discutimos una estupidez. Me evadió por una semana. Lo busqué, le pedí perdón, pero ya era tarde. Él se llevó todo...

Y yo, aún guardo algo que nadie ve:

Un cuarto cerrado detrás del esternón,

una carta de amor que nunca le envié,

una frase que no supe decirle a tiempo.

Guardo una carta empapada de polvo,

esperando que alguien la escuche sin abrirla.

¿Cómo se le cuenta a alguien roto que uno también se parte por dentro?

¿Habría sido diferente si papá estuviera aquí?

¿Por qué duele dejar a alguien atrás?

¿Por qué da miedo ser tú mismo con todos los colores?

Tal vez porque nunca aprendimos a despedirnos.

Tal vez porque el amor no desaparece, solo cambia de forma.

Tal vez porque el mundo está roto.

Y ahora que mamá llora y yo tiemblo, sé que (de alguna manera) el eco nos alcanza.

Las lágrimas no pararon de nevar; se detuvieron solo cuando colocaron mi férula.

Tomé de la mano a mi madre y, con los ojos hechos agua, sonreí.

—Vamos a estar bien.



Alma Karina Villa Alcaraz

Preparatoria Regional de Etzatlán

Cheshire

Era un día cualquiera, solo que en esa ocasión los murmullos a su paso giran en torno a un mismo nombre: Aiden. Ese que desde hace un par de días nadie ha visto. Y claro, cada uno tiene su propia teoría. Quienes de menos lo conocen comentan que seguro se metió donde no debía o se le pasó la dosis.

Si tan solo supieran que él jamás probó de aquello.

Sus amigos, en cambio, piensan que se fugó con una chica. Vamos, que últimamente aparecían notas en su casillero, obsequios y él andaba bastante inquieto. Irremediable amor, dicen todos ellos.

Si tan solo supieran que cuando miraba a su alrededor no la buscaba con anhelo, sino con desesperación.

Todos están tan envueltos en sus conversaciones que no le notan. No notan a la chica que siempre va cabizbaja, labios tensos y mirada perdida, ahora reluce como el mismo sol. Sus pasos se han vuelto elegantes y firmes. Las personas no la miraban antes y tampoco lo harán ahora.

Si tan solo le hubieran dedicado un par de miradas.

Su cabello negro roza su cuello, acariciando la cadena de plata que cuelga del mismo. Un rectángulo con una inscripción se esconde debajo de su camiseta, escapándose de su lugar con algunos movimientos, hasta que ella lo vuelve a guardar. Solo una persona en toda la universidad adora esa frase tanto como para ponerla en un dije.

Si tan solo le prestaran atención.

Sus pies prácticamente no tocan la acera en los últimos metros que la separan de su casa, esa que su abuela le dejó en el testamento, esa en la que vive sola. O bueno, en la que solía vivir sola.

—¡Ya llegué! —vociferó, como si fuese algo que hiciera diariamente.

Una amplia sonrisa se extiende por sus labios cuando le coloca el seguro a la puerta de madera.

Ha llegado.

Si tan solo alguien hubiera formado equipo con ella en alguna clase.

Desde el sótano, él escucha sus pies arrastrarse sobre su cabeza. Intenta removérse, tirando de las esposas. En un momento tienen que ceder, se dice a sí mismo. Claro, como si ese mantra se hubiese cumplido en los días pasados.

Se da por vencido, como ya ha hecho infinidad de veces. Cierra los ojos y comienza a pedir que alguien lo encuentre.

Si tan solo le hubiese contado a alguien lo que sucedía.

Han sido pocos días, pero tan monótonos y traumáticos que ha aprendido la secuencia.

Ella pretenderá durante unos instantes que tiene familia. Preparará la comida, cruzará unas palabras con el vacío, escuchando respuestas que no fueron pronunciadas. Al final se pondrá uno de sus mejores vestidos y bajará por las escaleras que están a unos metros de su colchón, con una charola en sus manos.

Sus pies se cruzarán a manera de indio a su lado y comenzará a hablar, como si él no estuviese amordazado, como si sus manos realmente pudiesen tocar la comida que le ha servido.

Si tan solo a él no le hubiese entrado esa curiosidad morbosa por ella.

Con desesperación observó y escuchó cómo cada fase era llevada a cabo. Ahora tocaba una sopa verde. A excepción del primer día, había mantenido buen comportamiento, porque no le gustó para nada estar sedado durante un par de horas. Pero ahora no lo soportaba.

—Comentan que si escapaste fue con una pelirroja, porque a ti te gustan. Pero no te conocen. No te gusta una rojita, te gusto yo.

Ella soltaba palabras como si todo estuviese bien, como si cada sílaba pronunciada por su aguda voz no le hiciera palpitá la cabeza.

Ni siquiera lo pensó, simplemente se las amañó para derramar la comida. Ella soltó un gritito, irguiéndose en un santiamén. Sus orbes negros brillaban con una furia exagerada cuando volvió la vista hacia su persona.

Si tan solo no hubiese accedido a la petición de su última nota.

Le giró por lo que era su cama hasta el piso, logrando que su rostro besara el suelo, sin la oportunidad de meter las manos.

Maldijo un par de veces mientras acercaba el mueble a la escalera. Y él, por más que trató, no pudo levantarse. Ella le hizo ese favor, pero entonces él deseó no estar boca arriba para así no tener que mirarla.

Sus uñas pintadas de rosa se clavaron en sus antebrazos, cerca del tatuaje que tanto decía que amaba. Y ese fue el único momento en que agradeció tener ese trozo de tela sucio en su boca, impidiéndole soltar un quejido.

—Ya habíamos hablado de esto, Aiden —su cabeza se movió un par de veces en una negativa.

Su diestra se estiró y sacó de su suéter de lino una jeringa y un frasquillo. Los ojos verdes del chico la acusaron rápidamente. Ella leyó el rencor en esos orbes y esbozó una media sonrisa.

—Mujer precavida vale por dos, cielo.

Eso.

Esas palabras.

Era lo mismo que le dijo después de introducirlo a su casa a la fuerza, con el pretexto de un café.

Eran los mismos borrones de cuando terminó con su taza. Él no había querido ser grosero, pero sí bebió a prisa, queriendo dejar el lugar y a la chica rara lo antes posible. Seguramente ese fue su error. De haber tomado el café con lentitud, podría haber notado el sabor extraño, ese que provocó que todo perdiera color a su alrededor, que cayera en un silencioso abismo.

Y esa, esa sonrisa del gato de Cheshire fue lo último que vio en ese momento. Así como lo último que veía ahora.

Si tan solo se hubiera percatado de que ella no era Alicia, sino el gato, en ese mundo de maravillas que ella se creó.

Jorge Alberto Muñoz Santana

Preparatoria 5

El robo

Me dijeron que no debía cavar tan profundo. Con que la fotografía quedara cubierta de tierra era suficiente. Mis manos están sucias, la suciedad entre mis uñas me molesta, pero me molesta más ver ese rostro sonriente en la desgastada fotografía.

Éramos amigos, los mejores.

—Ahora, entiérrala —me dijo doña Silvia, ayudándome con un montón de tierra.

Con cuidado, devolví a puñados la tierra húmeda, repleta de gusanos y polvo de muerto.

—¿Qué sigue? —pregunté.

—Salir del cementerio sin que nadie nos descubra.

Yo no creo en la brujería. Las historias que escuchó en los *podcast* me parecen todas y cada una de ellas una mentira. Pero, cuando me enteré de que Laura estaba diciendo mentiras sobre mí, quise calmar mi ira de la manera más cruel posible. Segundo ella, le había robado el trabajo de titulación. Esa mujer tan perezosa, a quien estuve persiguiendo durante meses para que se dignara a poner el punto final a su tesis y que ni así lo hizo, se atrevía a gritar a los cuatro vientos que yo, un licenciado titulado desde hace cinco años, le había robado el trabajo. Nuestra amistad puede resumirse en tres simples frases: nos hablamos por conveniencia, nos aguantamos porque no había de otra y nos sepáramos porque me cansé de ser su sombra.

Habíamos estudiado juntos en la universidad y posteriormente habíamos entrado al mismo trabajo. Donde ella destacaba por su elocuencia, y yo, por ser su amigo. Eso me molestaba. No me gustaba que me reconocieran como “su amigo”.

Las personas tenían que conocer mi nombre por mí.

Después, cuando la administración cambió y el jefe puso sus ojos en nosotros por no estar titulados, me acerqué con ella.

—Hemos trabajado juntos todo este tiempo, ¿y si hacemos una tesis en conjunto?

—Sí —respondió ella, como era la salida fácil, aceptó.

Y ahí me tienen a mí; investigando, redactando, trabajando, y ella... Sin pedir la opinión de nadie, se nombró a sí misma la correctora de estilo del trabajo de titulación.

—Creo que también deberías escribir algo —le decía de vez en vez, y ella, aunque prometía que lo haría, nunca tenía tiempo y era yo quien terminaba el capítulo.

Seguramente se estarán preguntando: ¿es posible que dos personas se titulen con una sola tesis? Y la respuesta es no. Pero habíamos decidido que entre los dos escribiríamos ambas tesis. Empezamos con la de ella y, cuando estuvo terminada (redactada un 85 % por mí), llegó el turno de empezar con la mía.

—No tenemos tiempo, ¿cuándo quieres que escriba? Tengo mucho que hacer... Me duele la muñeca... Vivo a media hora de aquí... Pretextos, pretextos y más pretextos eran sus respuestas. Entonces, me enojé.

Para diciembre de ese año, le puse un ultimatum. Debíamos terminar las tesis esas vacaciones, pero ella respondió que se iba a Europa y no quería saber nada. Y la dejé ir. Encerrado en la oficina, retomé la tesis que habíamos terminado y escribí la mía. Obviamente, recuperando cada una de las palabras que mi propio intelecto había puesto en su mediocre mente. Al final, mi trabajo de titulación estaba listo. El de ella, no. Me parecía justo.

Me titulé un par de meses después. No iba a permitir que ella lo ignorara, así que la noche anterior a mi defensa de tesis le fui con la verdad:

—¿Recuerdas cuando te fuiste a Europa y no quisiste hacer el trabajo de titulación? Pues, terminé mi trabajo, mañana lo defiendo y por cierto... de la tesis que era tuya, tomé cada una de las partes que escribí. Así que tendrás que hacer la tuya desde cero.

El silencio que siguió me hizo imaginar que ella estaba llorando, arrepentida, aterrada... pero me equivoqué:

—¿Me puedes decir qué fue lo que escribí yo? —me preguntó.
No-ma-mes.

Presenté la defensa de tesis de manera satisfactoria y pronto tuve mi título.

¿Ella? Ella dejó pasar cinco años, entre su mediocridad, sus lamentos y sus insatisfacciones. Nuestros compañeros de trabajo empezaron a juntarse más con ella y a mí dejaron de saludarme. Si me los encontraba en el pasillo, fingían que no me veían y minutos después los escuchaba riéndose desde la oficina.

Una tarde el jefe me mandó llamar. Caminé con paso lento hasta su oficina.

En la contigua, Laura y los demás contenían el aliento, esperando un regaño que no llegó, fue más que eso.

—Síéntese, Santana. Dígame, ¿es verdad que para titularse se robó un trabajo?

—¿Quién dice eso? —pregunté confundido.

—Una de tus compañeras se ha quejado de que por tu culpa no se tituló...

—Creo saber a quién se refiere, y no. Yo no robé nada, solo tomé lo que era mío...

—No toleramos esas acciones en esta empresa... Me temo que cuando termine el mes dejará de laborar para nosotros...

Me puse de pie. Sin decir palabra caminé hacia la salida y antes de abandonar la oficina me di media vuelta:

—Solo me gustaría que sepa que si tanto le robé a ella su trabajo, ¿por qué dejó pasar cinco años para hablar de esto? Y otra cosa, ¿por qué viene con usted para traer este chisme y no fue a la Universidad? Donde, me imagino, debería ser más importante esto.

—Pues...

—No, no me responda, me voy. Me está haciendo un favor.

Cuando abandoné el trabajo, con la pequeña caja que contenía mis objetos, Laura me miró con una sonrisa desfigurada. Ya le tocaría ver quién sonreía al final.

Mi amiga Diana me habló de la brujería por primera vez esa noche. La invitó a tomar, quería quejarme del mundo y sus injusticias. Quería que Laura pagara por haberme robado a los compañeros de trabajo y, si lo pensábamos así, por robarme mi lugar en esa oficina.

—Conozco a alguien... alguien que te puede hacer un favor. Alguien con quien no te ensucies las manos... al menos no con sangre.

La casa de doña Silvia olía a suciedad. Las ventanas estaban tapadas con periódicos antiguos, y en su comedor, múltiples objetos se amontonaban entre la desgastada madera cubierta de cera derretida. Un perro lanudo y mugriente nos ladró cuando entramos.

—Cállate, Greñas. Diana, ¿cómo te puedo ayudar?

—Acá mi amigo tiene una situación.

La mirada de doña Silvia se posó en mí. Tenía estrabismo, así que para evitar el ridículo de no saber a cuál ojo mirarla, enfoqué mi vista en sus labios; resecos, maltratados, con dientes podridos.

—Una amiga me difamó y quiero que pague.

No pude captar todas las opciones que doña Silvia me dio, opciones a las que catalogó como “trabajos”, pero cuando escuché la palabra “enterrarla”, mi corazón dio un vuelco y supe que eso era lo que quería hacer.

Doña Silvia me estaba esperando. Caminamos por fuera del panteón hasta que encontramos un agujero en el enrejado que separaba las tumbas de la calle. La seguí entre cruces y siluetas que se veían en la oscuridad. En otra ocasión me hubiera dado miedo, pero el corazón me latía con tanta furia que, aunque me encontrara a la mismísima Llorona, no me importaría.

Nos detuvimos cerca del mausoleo de don Jesús Flores.

—Híncate y cava. Yo me encargo del resto.

Removí la tierra, me ensucié las manos, las uñas y enterré la fotografía.

Cuando llegué a mi casa esa noche, me lavé las manos una y otra vez, pero la tierra seguía saliendo de entre mis uñas. Así que las recorté y las tiré a la basura. Ahora solo quedaba esperar a que el “trabajo” hiciera efecto. La fotografía se impregnaría de la tristeza del cementerio y a Laura le pasaría lo mismo.

Comencé a caer en un círculo vicioso, donde revisaba todos los días sus redes sociales sin notar cambios. Al contrario, recibió un ascenso, se tituló... Y yo... no conseguía trabajo. Mi jefe había redactado una carta de recomendación ambigua, donde no hablaba mal de mí, pero tampoco bien. Y cuando llamaban para pedir referencias, el asunto del robo de la tesis salía a colación. Mis ahorros empezaron a terminarse.

Llamaba a doña Silvia y ella me aseguraba que todo saldría bien, que era cuestión de tiempo, que no tenía que perder la cordura. Pero yo no podía soportarlo.

Dejé de entrar a las cuentas de Laura, cada día le iba mejor, cada día su sonrisa se veía más y más grande. ¿No que absorbería la tristeza del panteón?

Estoy fuera de su oficina. No tarda en terminar su turno y salir. Finalmente, ahí está, Laura sale de la oficina. Camina por la banqueta con una sonrisa en su rostro. Mi cara en el retrovisor del coche es lo opuesto. Desgastado. No sonrío. No puedo dejar que esto quede así.

Acciono la palanca de velocidades y acelero. El motor de mi coche delata mi movimiento, pero alcanzo a ver que Laura intenta correr. Me subo a la banqueta, no llegará muy lejos. Siento su cuerpo golpeando las llantas delanteras, se siente como un tope... Quiero detenerme, bajarme, ver su rostro, pero la gente se empieza a acumular. Gritos en la calle. Personas corriendo. ¡Un loco! ¡Un loco! Acelero y me pierdo entre el tráfico de la calle. Volteó atrás, su cuerpo está irreconocible, o eso quiero pensar. Quiero pensar que también la sonrisa de esa mujer ya no está. Que ahora es la misma sonrisa que adorna mi rostro mientras conduzco. La carcajada empieza a subir por mi garganta. Es inevitable. Tengo que contarle a Diana. La llamo. No me entiende. No puedo explicarme entre tanta risa.

Cuando me bajo del coche subo hasta mi pequeño hogar. Entro a mi estudio, en el librero debe estar el causante de todo esto. Empastado en color negro, está el desgastado volumen que contiene mi tesis de licenciatura. Reviso la dedicatoria: Para Laura, mi confidente y mi socia en esta aventura. ¿Cómo fue capaz de decir que yo robé este trabajo? ¡Si hasta la puse en la dedicatoria! Arranco la página con furia

y la quemo en la estufa. No debe quedar vestigio de que ella estuvo relacionada conmigo.

Ahora solo es cuestión de tiempo. Esperar que el jefe me llame para volverme a ofrecer el trabajo, que al cabo necesitará un reemplazo para su empleada que murió atropellada... Esperar a que me llamen mis antiguos compañeros para disculparse y decirme que ellos siempre supieron que Laura mentía y que yo no era capaz de robarle el trabajo... Esperar a... Tocaron a la puerta. Me pongo de pie. Me asomo por la mirilla. Una silueta desfigurada está del otro lado.

Es ella.

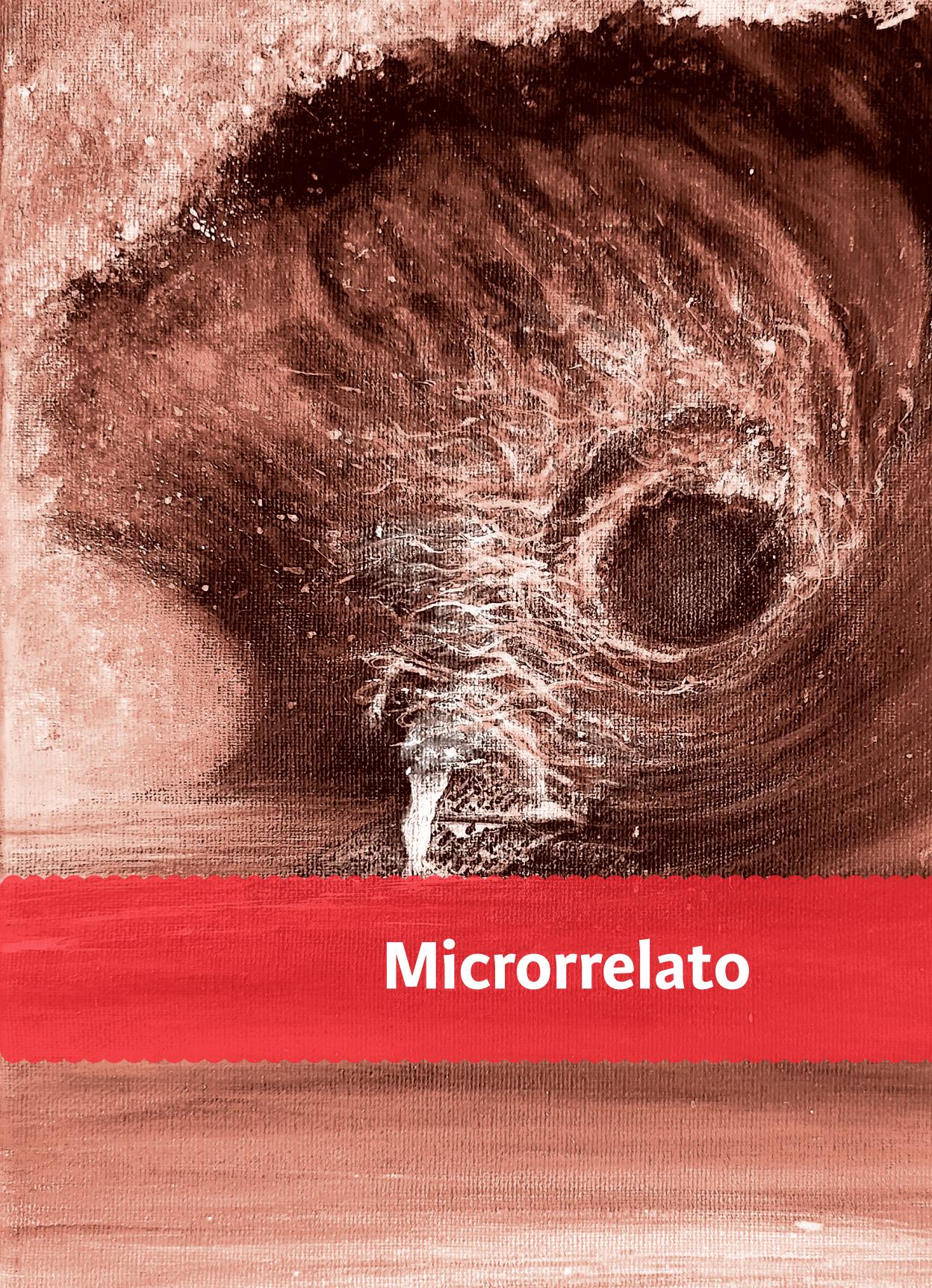
La distingo entre la oscuridad.

Sí, es ella. Y sonríe.

¡Maldita sea!

¡Todavía sonríe!





Microrrelato

Christian Alejandro Anguiano Molina

Preparatoria 10

Ctrl + C(reación)

Al principio no había nada. Oscuridad absoluta. Entre las tinieblas, un empleado *outsourcing* se abrió paso y encendió el interruptor: se hizo la luz. Con su café frío en mano, se dirigió al escritorio y prendió la computadora con la ineficiente hoja de cálculo.

Entonces apareció el algoritmo, ideado por la palabra divina de una consultora extranjera que, desde el nombre en otro idioma, prometía la eficiencia. “Hágase el trabajador ideal”, dictó. Y se hizo: con más obligaciones que derechos, sin prestaciones de ley, sin quejas hacia el jefe. Solo agachar la cabeza y asentir. El jefe vio la creación frente a él y supo que era bueno. Después miró de reojo al empleado de siempre y supo que, para él, el séptimo día sería el último. Lo despidió. El algoritmo fue alimentando el mundo que había creado. Creó a la jefa empática con talleres de *mindfulness*. Hizo al cliente perfecto y eterno, al reporte que se actualiza por sí mismo, al equipo que sonríe en Zoom mientras el mundo arde a sus espaldas.

Hizo el mundo laboral perfecto, uno que jamás colapsaría. Lo hizo tan perfecto que se dio cuenta de que los humanos no cabían en él. Se vio en la penosa necesidad de solicitar un diluvio programado y de asegurarse de que no hubiera nadie que supiera construir arcas.



The Paraíso Perdido. All In(ex)clusive

Habían encontrado el lugar perfecto en aquel reciente desarrollo habitacional: áreas verdes por todas partes, vigilancia 24/7, yoga al aire libre y cafeterías con café orgánico y pan de masa madre. Los pocos vecinos avalaban la calidad de vida que estaban descubriendo en ese lugar: “Ni siquiera hay mensajes con mayúsculas en el grupo de WhatsApp, mucho menos *stickers*”. Les pareció perfecto y no dudaron en firmar un contrato.

Era un lugar tan perfecto que no tardó en llenarse de extranjeros. Al principio, les agradó poder saludar al señor Stevenson, a madame Renoir y a la pareja Müller. Las conversaciones resultaban cordiales: recetas internacionales, comparaciones del clima entre países, recomendaciones de vino.

Pero un día, notaron un cambio drástico: café tres veces más caro, pan insípido y, lo peor, la falta de picante en la comida local. Los jueves de karaoke de música en inglés se volvieron insoportables, los pastores alemanes comenzaron a defecar en todas partes y alguien se quejó del “aroma peculiar” de los vecinos franceses.

En el grupo de WhatsApp protestaron aún más; se acusó de xenofobia y lanzaron campañas con el hashtag: #MakeFoodEnchilosaAgain. Pegaron lonas por todas partes y algunos hasta pintaron con aerosol las paredes. Ese paraíso se volvió insoportable y ellos comenzaron a sentirse desplazados. Creyeron que, si se iban un par de días, todo se calmaría en aquel pequeño infierno.

Cuando regresaron, su tarjeta de entrada ya no abría la pluma. Habían sido expulsados del paraíso y tuvieron que refugiarse de nueva cuenta en su antiguo edificio: sin jardines ni clases de yoga, con café soluble, pan dulce y un grupo de vecinos donde todos mandan *stickers*.



Arca Inflable MR

Cierto día, cayó la primera gota. Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches. Las calles se convirtieron en ríos y las colonias en mares. Algunos culpaban a las constructoras por la planificación desmedida de los fraccionamientos. Otros tantos culpaban a la basura que tapaba las alcantarillas. Algunos más le echaban la culpa al “degenere” de las juventudes, a los *piercing* y tatuajes, al fentanilo y al TikTok. El agua cubrió las casas y solo los que vivían en edificios de más de tres pisos pudieron salvar sus pertenencias.

Una familia, los Pérez, decidió tomar la alberca inflable de los niños y recorrió las calles que ahora eran canales. Rescataron perritos, algunas bolsas de papitas que flotaban por el aire de su interior y a un niño que iba contra la corriente.

El agua por fin bajó y el país entero se enteró de la hazaña y la bondad de los Pérez. Se convirtieron en héroes nacionales, los premiaron con medallas y con una estatua de cada uno de ellos, erigida sobre la alberca inflable. La empresa de albercas se hizo famosa y decidió patentar el modelo como Arca Inflable MR.

Un mes después, debajo de esa gran estatua que honraba a aquella familia, se abrió un socavón enorme: el inicio de un nuevo apocalipsis.



Evangelio del Gran Ciudadano

Un día, el Instituto Nacional lo descubrió. A través de un estudio algorítmico dieron con él: pagaba todos sus impuestos, asistía a cada votación habida y por haber, no tenía multas y procuraba no quejarse si caía en un bache. En cambio, hacía lo posible por ir a taparlo cuando tenía oportunidad. Sus vecinos lo apreciaban y sabían que era un buen hombre.

El gobierno reconoció su labor: le dieron una medalla, imprimieron camisetas con su CURP y le pusieron el mote de “el Gran Ciudadano”. Era el ejemplo a seguir, el verdadero mesías. “Nos ha devuelto la esperanza”, decían las personas en las calles.

“Debería ser el nuevo presidente”, dijo alguien, y ahí todo se fue en picada para él.

Su popularidad se hizo mayor; se perfiló como el candidato ideal, a pesar de que él nunca dijo que quería postularse. La gente comenzó a seguirlo. Todos se tomaban *selfies* en los mítines, le pedían besar bebés y que, por favor, no cambiara cuando llegara al poder. Él solo se limitaba a sonreír con una mueca incómoda y así salía en todas sus fotos.

Aquella tarde, en un evento en una colonia popular, alguien se abrió paso entre la multitud.

Nadie oyó el disparo; solo el griterío y el apagón de las luces.

Al día siguiente, el gobierno decretó un día de luto nacional. Y, por supuesto, aprovecharon para subir el precio de la gasolina.



Maricela Chávez Mendoza

Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano

Discrepancia conyugal

—En este momento no, Yorleni Guadalupe. No pienso discutir nimiedades contigo frente a esta hermosa y distinguida jovencita. ¿Qué va a pensar de nuestra relación?

Yo jamás te digo cómo asfixiar a tus víctimas, mucho menos te interrumpo en tu horario laboral, ¡respeta caramba!



Pequeño error

¿De qué manera puede disculparse este humilde afilador de cuchillos que apenas inicia su emprendimiento en el mercado negro? ¿Cómo explicarte que el ataque no fue intencional? Aunque confieso que sé quién lo hizo; fue esa persona que me sigue a todas partes y me dice qué hacer. Llegaste en mal momento; él está cansado, desvelado y sin comer. Perdón por esos quince arrebatos de furia improvisada. En su defensa diré que si él hubiera sabido que venías solamente por el anuncio de “Se solicita ayudante de afilador”, estoy seguro de que habría dejado este pequeño descuido para otro día. Por lo pronto, hay que buscarte un lugar cómodo y seguro; pero eso será después de colgar nuevamente el anuncio de la vacante en la puerta de entrada.



El oscuro cuentero

—No es por presumir, pero todos los proyectos subterráneos que llevé a cabo en aquella década fueron exitosos... hasta que encontraron mi diario. Dejé de estar en el anonimato y mi popularidad se desbordó en algunos medios de comunicación.

¡Qué tiempos aquellos!, pasé de ser un adolescente introvertido, al que ocupaba los encabezados de algunos periódicos. No niego que al principio fue halagador. Un poco de fama por tus logros motiva; pero también despierta los egos guardados.

Una mañana tanta popularidad y mi exceso de euforia me molestaron; no quería perder piso, mucho menos cometer errores y dejar de ser quien era. Necesitaba concentrarme para seguir disfrutando del trabajo para el que tengo muchas habilidades. Dejé las banalidades a un lado y volví a mi bajo perfil. ¿Quieres que te cuente cómo recuperé mi diario o ya termino de enterrarte?



Lo que las vecinas cuentan...

Ella no era precisamente Cenicienta y él, aunque parecía todo un caballero, estaba muy lejos de ser un príncipe azul. Lo único que los conecta con ese viejo cuento de hadas fue una zapatilla perdida, la llegada de un baile después de la media noche (contenta y despeinada) y una carroza. A la vecina nadie la buscó para entregarle su zapatilla; tampoco hubo un “felices para siempre”. Y la única carroza que llegó por ella fue la funeraria, para llevarla a su última morada. Cuatro cirios, un rosario interrumpido por el llanto de sus amigas y un marido ausente. Lo que sea de cada quien, él no se fue sin pagar el funeral, dejó un sobre con lo necesario y se llevó la zapatilla de la discordia; debe ser por su valor sentimental.



Medidas necesarias

Ese maldito olor a gato, sudor y cigarro que provenía de la casa del vecino, entraba por mi nariz y bajaba hacia el estómago revolviéndolo todo. La tolerancia tiene fecha de caducidad y la mía llegó al límite. Estaba decidida a poner remedio a esa situación, pero no sabía si desaparecer al dueño o al gato. Eran matemáticas básicas, pero ¿a quién sacar primero de la ecuación? El Sr. Sentido Común murmuró: “El gato no sabe fumar, no es molesto y casi no suda”.

Hoy Rembrandt y yo somos grandes amigos; por cierto, ha crecido mucho en los últimos meses.



Alma Karina Villa Alcaraz

Preparatoria Regional de Etzatlán

1

Me escurrí debajo de la cama y cerré los ojos. Sentía cómo mi cuerpo entero temblaba por la adrenalina. Nunca había sido buena para las escondidas, pero aun así quisiera ganar tan solo una vez.

Conté. Quince. Cuarenta y cinco. Cien.

Cien segundos repletos de voces que la puerta no alcanza a ahogar y que bruscamente se convierten en un imponente silencio.

Después, el crujir de la puerta.

No se dijo ni una sola palabra, pero pude percibir su gruñido cuando no me encontró en el armario. No sé por qué se molestó por ese pequeño detalle, por el cambio de rutina, si no me encontraba ahí, claramente estaba aquí, bajo la cama.

Ni siquiera necesita mirar. Solo estira el brazo, tirando de mí sin importarle a qué se aferra. Ropa, un brazo, una pierna, o cabello, como hoy.

Si no le importan mis chillidos, mucho menos eso.



Margarita Luévano Ruiz

Preparatoria 15

Conquista

Desde hace un par de meses seguían la misma rutina, en ese juego que ella llamó “conquista”. Ella iba al mismo café de siempre y él la miraba desde el local de enfrente. A veces con gorra y lentes de sol, otras con un *look* más casual y deportivo. Intercambiaban miradas, y ella partía al trabajo, no sin antes lanzarle unos cuantos coqueteos, que él prefería ignorar, o al menos eso parecía a través de sus ojos ausentes.

Un día, cansada de tantos gestos sin respuesta y su nula decisión de acercarse a reclamar su conquista, ella decidió dar el primer paso y conquistarla pura y descaradamente, como había visto en varios tutoriales de internet. Cruzó la calle hasta el local donde él la miraba y ocultó su vergüenza y humillación al descubrir que su ser amado y misterioso no era más que otro maniquí bien cuidado del local.



Secretos de casados

Llevaban más de veinte años de casados y se veían tan alegres y emocionados como en las primeras citas. Nunca discutían, no peleaban. No había gritos ni signos de desgaste de una relación de años. ¿Su secreto? Estaban casados, pero no entre ellos.



Monitores

El quirófano estaba lleno. Todos miraban atentamente la pantalla conectada al paciente, quien falleció antes de que terminara el tutorial sobre cómo operarlo.



Terapia

Mi psicólogo me dijo recientemente que tengo que dejar de proyectarme en la gente y vivir mi vida, aunque, claro, no le hice caso. Es un hombre amargado de cuarenta años que aún vive con su madre y no sabe nada del mundo más allá de su trabajo.



Éxito

La gente comenzó a alejarse y a hablar mal de él tan pronto como comenzó a prosperar en su trabajo. Incluso los medios se habían encargado de desestimar su nuevo puesto de asesino a sueldo.



Autores

Adán Meza Álvarez

(La Huerta, Jalisco; 1980)

Docente de asignatura B en la Preparatoria 15, de la Universidad de Guadalajara. Promotor de la lectura, licenciado en Diseño Industrial, maestro en Tecnología Educativa. Aficionado a la pintura y a la fotografía de paisaje. La literatura para él es fuente de entretenimiento, aprendizaje y creación.

Alma Yazmín López Magaña

(Guadalajara, Jalisco; 1982)

Docente de la Preparatoria de Tonalá Norte desde el 2005. Estudió la licenciatura en Filosofía en la Universidad de Guadalajara y la licenciatura en Español en la Escuela Normal Superior de Jalisco, así como la maestría en Comunicación Social en DECS de la UdeG. En el 2020 ganó el X Concurso Literario Luvina Joven en la categoría de cuento con la obra titulada “Admonición” y quedó como finalista luvinaria en la categoría de poesía con la obra: “Desiderátum”. Ha impartido cursos del área de Comunicación en el Bachillerato General por Competencias, el Bachillerato General por Áreas Interdisciplinarias y el Bachillerato General.

Alma Karina Villa Alcaraz

(Ahualulco de Mercado, Jalisco; 1997)

Licenciada en Psicología por la Universidad de Guadalajara y lectora ferviente desde el bachillerato, mismo lugar en donde actualmente ejerce como promotora de lectura e imparte la de TAE de Promoción de la Lectura.

Atzimba Mondragón Galindo

(Guadalajara, Jalisco; 1970)

Es licenciada en Letras y maestra en Estudios de Literatura Mexicana, por la Universidad de Guadalajara. Es doctora en Humanidades, con línea en Teoría Literaria, por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Tiene formación como promotora de lectura acorde al Programa Nacional Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura, antes Conaculta. Es profesora investigadora en la Preparatoria 12 de la Universidad de Guadalajara, en donde imparte las unidades de aprendizaje Habilidad Verbal, y Descripción y Comunicación, así como la de Trayectoria de Aprendizaje Especializante Promoción de la Lectura. Desde 2004 coordina la Sala de Lectura Rius, de la misma preparatoria, donde desarrolla promoción de la lectura para jóvenes. Pertenece al colectivo voluntario Senderos de Lectura, el cual agrupa a mediadores del estado de Jalisco con el fin de realizar actividades de fomento a la lectura en comunidades del municipio del estado.

Carmen Cecilia Celis de la Rosa

(Guadalajara, Jalisco; 1961)

Nació en el centro de Guadalajara hace 64 años. Lee por puro placer. Es una exploradora de la vida; como adulta ha vivido en varias ciudades antes de aterrizar en San Juan Cosalá. Se considera una mujer incómoda y feminista convencida. Estudió Ingeniería, Teatro y Psicología. Se ha dedicado a la psicoterapia y a la docencia. Ahora intenta escribir algo más que los diarios de su adolescencia.

Carlos Alberto González Sevilla

(Guadalajara, Jalisco; 1999)

Jun Sun Oh! es una criatura nocturna que lidera un séquito de vampiros diurnos, bajo el mandato de la reina Carmilla. Por las mañanas tiene el título de: Carlos Alberto González Sevilla. Escritxr que ha surgido de los vapores y los tendones de la Escritura Creativa en la Universidad de Guadalajara. Creció en la madre de todos los miedos,

en los pasillos cubiertos de voces y ecos. Sus textos han sido publicados bajo las sombras, en los astros, sobre las flores, tendidos bajo el sol y algunos rincones.

Christian Alejandro Anguiano Molina

(Guadalajara, Jalisco; 1993)

Licenciado en Letras Hispánicas y profesor de la Preparatoria 10. En 2022 publicó el poemario *Diálogo del hombre como lobo de sí mismo* (Secretaría de Cultura Jalisco). Ha colaborado en las revistas *Luvina*, *Huraño*, *Larvaria*, entre otras. Ganador del VI concurso Luvina Joven 2016 en ensayo. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el Curso de Creación Literaria para Jóvenes 2016.

Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba

(Guadalajara, Jalisco; 1969)

Profesor asociado B de tiempo completo en la Universidad de Guadalajara. Es licenciado en Letras por esta misma universidad, con maestría en Educación por la Universidad del Golfo. En el ámbito cultural ha colaborado en la promoción de la lectura y elaboración de textos.

Fidel Kevin Flores Benítez

(Cocula, Jalisco; 1996)

Licenciado en Letras Hispánicas, investigador y docente de la UdeG en la Preparatoria 21.

Ha publicado ensayos académicos en la revista *Collhibrí*; en la *Gaceta* de CUSUR (Ciudad Guzmán) y estudios sobre neologismos españoles mexicanos en la página Morfolex de la UNAM. En la actualidad, ha sido publicado en la revista *Masmédula; Letras y Voces*; y en *El Comentario Semanal* de la Universidad de Colima. Además, fue asesor

de redacción de la carta ganadora de Cartas al Autor: Christine Feret Fleury (2024) en el concurso interno de la Preparatoria 21. Finalmente, pero no menos importante, perteneció al taller de poesía Arcadio Zúñiga y Tejeda.

Héctor Nomar González Flores
(Guadalajara, Jalisco; 1999)

Ingeniero en Informática por presión familiar, técnico académico por necesidad económica y estudiante de la maestría en Ingeniería y Ciencia de Datos por masoquismo intelectual. Ha escrito diversos textos en periódicos, revistas, libros, cuadernos... en cualquier trozo de papel que se encuentre.

Imelda Lizette Ledezma Carbajal
(Guadalajara, Jalisco; 2000)

Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y maestrante en Estudios de Literatura Mexicana por la misma casa de estudios. Actualmente es docente de Lengua y Literatura, así como promotora de lectura en la Escuela Preparatoria 8 de la UdeG. Sus principales intereses son la investigación y la crítica literaria.

Isabel Guadalupe Rosales Ramírez
(Guadalajara, Jalisco; 2000)

Licenciada en periodismo por la Universidad de Guadalajara. En 2017 tuvo su primera publicación en Creadores Literarios FIL Joven en la categoría cuento. Hoy tiene varias publicaciones en antologías y periódicos digitales. Desde 2022 pertenece al colectivo Horizontales Taller espacio de lectura y creación literaria para mujeres. Actualmente es docente de Lengua y Literatura en la Preparatoria de Tala.

Isis Micaela Ramos Meza

(Zacatecas, Zacatecas; 1994)

Ha vivido toda su vida en Colotlán Jalisco, es una docente de Inglés con 8 años de trayectoria. Entusiasta de las historias de terror. Fue ganadora del concurso Creadores Literarios FIL Joven del 2010 bajo el pseudónimo Lie Rockz, mismo con el que participa en esta ocasión.

Jairo Ochoa Galindo

(Durango, Durango; 1994)

Norteño residente en Guadalajara desde hace más de diez años. Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y docente de Lengua y Literatura en la Preparatoria Regional de El Salto y módulo Juanacatlán.

Jorge Alberto Muñoz Santana

(Guadalajara, Jalisco; 1994)

Es licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Desde el 2019 es docente de la Preparatoria 5, en la Academia de Lengua y Literatura, y actualmente es el presidente de la Academia de Comprensión Lectora. Cuenta con un Diplomado en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera (2020). En 2023 comenzó con una escuela *online* de Talleres Literarios donde comparte sus conocimientos y su gusto por la novela negra, literatura japonesa de terror, y cursos de escritura creativa, entre otros.

En su tiempo libre es creador de contenido de la plataforma YouTube y TikTok (@JorgeSantana16) donde habla de temas paranormales, conspiraciones y demás.

José Antonio Neri Tello

(Zapopan, Jalisco; 1978)

Es autor de *Cuerpo roto* (Paraíso perdido, 2004), *Playas undergroud* (Arlequín, 2005), *Vertebración del silencio* (FETA, 2010), *Revolución*

groovy (Versodesdierro, 2013), *La cojodorita* (Viento cartonero, 2017), *En lenguaje insecto* (STAUDG, 2018), *Oración de la raíz* (Mantis, 2018), *En el hoyo Funky* (La zonámbula, 2018), *Las hijas de los hombres* (Pinos Alados, 2019), *Sobre una ama* (Keli ediciones, 2022), *Canto ácido* (Keli Ediciones, 2024). Es autor, junto con Jeanette Guerrero, de la antología *El viento y las palabras* (Zonámbula, 2014) y de *Árbol de voz múltiple* (Letras para volar, 2020).

Margarita Luévano Ruiz

(Guadalajara, Jalisco; 1971)

Profesora de asignatura B en la Universidad de Guadalajara, es licenciada en Letras Hispánicas por esta misma universidad, con maestría en Tecnología Educativa por el TEC de Monterrey y especialidad en Competencias Docentes por la Universidad Pedagógica Nacional. En el ámbito cultural ha colaborado en la promoción de la lectura y elaboración de textos.

Maricela Chávez Mendoza

(Tamazula de Gordiano, Jalisco; 1970)

Docente en la Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano. Colabora específicamente en el área de Lengua y Literatura desde hace quince años. Es egresada de la licenciatura en Educación de la UdeG Virtual y cuenta con maestría en Educación con área terminal en Metodología de la Docencia; siempre comprometida con el fomento a la lectura, la escucha abierta y la comunicación activa. Cuenta con algunas publicaciones en la *Antología literaria Mar de voces* (2021, 2023 y 2024).

Miriam Chávez Martínez

(Nochistlán de Mejía, Zacatecas; 1972)

Licenciada en Letras Hispanoamericanas, UDG. Miembro de Teatristas Unidos de Jalisco (1992-1995). Seleccionada en el concurso de poe-

sía 2015, STAUDG. Publicaciones: microrrelatos *Historias de ir y venir* (Secretaría de Cultura, 2022); poesía: *Entrelíneas* (SEMS-UDG, 2022).

Ricardo Tonathiu Figueroa López

(Sayula, Jalisco; 1993)

Licenciado en Letras Hispánicas y docente en la Preparatoria 12. Participó una temporada en el comité de la revista *Vaivén* del SEMS. Fue tallerista del programa *Luvina Joven* de la revista literaria *Luvina* de UdeG en la Preparatoria Regional de Sayula y Preparatoria 13. Colaboró en *Imaginación y sentido. Dinámicas de escritura creativa* de la misma editorial. Actualmente participa como locutor en el programa *Luvina Joven Radio*.

Victor Villarreal Velasco

(Guadalajara, Jalisco; 1984)

Licenciado en Letras Hispánicas. Ha colaborado en diversas antologías: *Poesía Visual Mexicana*, *Porque a mí me bautizaron con un trago de Tequila*, *Ojos que sí ven*, *El viento y las palabras*, y en cuatro ediciones de *Mar de voces*. Es coautor en la antología: *La ves y no la crees, poesía a dos manos*, junto con el poeta Federico Jiménez y antologista en los compendios: *Taco de ojo y Mirar en voz alta*, con apoyo de la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.

Ilustradores

Carlos Alberto Gómez Godinez

(Guadalajara, Jalisco; 1976)

Profesor de tiempo completo como técnico académico con 14 años de antigüedad, imparte las unidades de aprendizaje de Tecnologías de la Información, Matemáticas y TAE de Programación. Es licenciado en Informática con especialidad en redes, cursó la maestría en Gestión de Políticas Públicas en Ambientes Virtuales y la maestría en educación. Ha sido tutor en grupos de segundo grado desde hace más de 10 años.

Edna Aguirre Aviña

(Guadalajara, Jalisco; 1981)

Profesora de Arte de la Universidad de Guadalajara, con formación en Diseño para la Comunicación Gráfica, es creadora de pinturas, cuentos y ensayos.

Índice

Presentación	5
<hr/>	
Poesía	7
<hr/>	
Christian Alejandro Anguiano Molina	9
Preparatoria 10	
Desfase	9
Disolución	11
Sombra sobre el agua	12
Vigilancia interior	13
Imelda Lizette Ledezma Carbajal	15
Preparatoria 8	
Abstinencia lingüística	15
Miriam Chávez Martínez	17
Preparatoria 5	
Ciervo	17
Misil	18
Sácale cuervo, sus miedos al alba	19
Fidel Kevin Flores Benítez	20
Preparatoria 21	
Trayecto al alba	20
José Antonio Neri Tello	22
Preparatoria 7	
Mazo	22

Atzimba Mondragón Galindo	23
Preparatoria 12	
Paz	23
Supernova	23
Carmen Cecilia Celis de la Rosa	25
Preparatoria Regional de Santa Anita	
A Palestina	25
Carlos Alberto González Sevilla	27
Preparatoria 9	
Quiero desaparecer	27
Alma Yazmín López Magaña	28
Preparatoria de Tonalá Norte	
Embate funesto	28
Victor Villarreal Velasco	29
Preparatoria 11	
Naturaleza	29
Cuento	31
.....
Adán Meza Álvarez	33
Preparatoria 15	
La mancha	33
Isis Micaela Ramos Meza	39
Preparatoria Regional De Colotlán	
Fantasma	39
Jairo Ochoa Galindo	44
Preparatoria Regional de El Salto	
El desorden de tu nombre	44

Christian Alejandro Anguiano Molina	47
Preparatoria 10	
Aquí en la superficie, es más fácil ahogarse	47
Héctor Nomar González Flores	53
Preparatoria de Tlaquepaque	
Peluso	53
Isabel Guadalupe Rosales Ramírez	58
Preparatoria Regional de Tala	
Diente de leche	58
Ricardo Tonathiu Figueroa López	62
Preparatoria de Tlaquepaque	
Museo vacío	62
Fernando Ricardo Aguilar Ruvalcaba	68
Preparatoria 15	
Se intercambian vidas	68
Alma Yazmín López Magaña	72
Preparatoria de Tonalá Norte	
Tumor financiero	72
Carlos Alberto González Sevilla	75
Preparatoria 9	
Vas a estar bien	75
Alma Karina Villa Alcaraz	81
Preparatoria Regional de Etzatlán	
Cheshire	81
Jorge Alberto Muñoz Santana	84
Preparatoria 5	
El robo	84

Microrrelato	91
.....	
Christian Alejandro Anguiano Molina	92
Preparatoria 10	
Ctrl + C(reacción)	92
The Paraíso Perdido. All In(ex)clusive	93
Arca Inflable MR	94
Evangelio del Gran Ciudadano	94
Maricela Chávez Mendoza	96
Preparatoria Regional de Tamazula de Gordiano	
Discrepancia conyugal	96
Pequeño error	96
El oscuro cuentero	97
Lo que las vecinas cuentan...	97
Medidas necesarias	98
Alma Karina Villa Alcaraz	99
Preparatoria Regional de Etzatlán	
1	99
Margarita Luévano Ruiz	100
Preparatoria 15	
Conquista	100
Secretos de casados	100
Monitores	101
Terapia	101
Éxito	101
Autores	102
Ilustradores	109

Mar de voces
Antología literaria de docentes del SEMS 2025

Coordinación de producción

Paola Vázquez Murillo

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Coordinación de diseño

Iordan Montes

Cuidado editorial

Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez

Denisse Vázquez

Diagramación

María del Carmen Vázquez Murillo

se terminó de editar en las oficinas
de la Editorial Universidad de Guadalajara,
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, int. 32-33
Industrial Los Belenes, 45150, Zapopan Jalisco.





Transmitir el amor a la literatura a las nuevas generaciones no es una tarea sencilla, pues requiere despertar el pensamiento crítico, la curiosidad y la imaginación. Esto demanda un trabajo de acompañamiento constante que los docentes llevan a cabo con dedicación. En esta novena edición de *Mar de voces. Antología literaria de docentes del SEMS 2025* se reúnen distintas miradas en torno a la poesía, el cuento, el microrrelato y la ilustración, creando un espacio que nos reafirma que crear es también una forma de enseñar.



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

